



Boletín N° 29
Julio-Diciembre 2011

Los trabajos reproducidos
en el presente boletín
no representan
necesariamente el criterio
del Instituto Duarteño.

CONSEJO EDITORIAL

Prof. José Joaquín Pérez Saviñón
Dr. Wilson Gómez Ramírez
Sr. Daniel Nicanor Pichardo Cruz
Dr. Abelardo Jiménez Lambertus
Dr. Antonio Thomén • *Coordinador*

INSTITUTO DUARTIANO

Isabel La Católica Núm. 308, Santo Domingo, Rep. Dominicana, Tel.: (809) 687-1436 • (809) 687-1475, (809) 687-5288 • Fax: (809) 689-0326
<http://institutoduartiano.org.do/new>
E-mail: institutoduartiano@gmail.com

BIBLIOTECA DUARTIANA

"Enrique Patín Veloz",
Tel.: (809) 682-3761
E-mail: bibliotecduarte@gmail.com

Diagramación:

Mediaprint, s.r.l. • www.mediaprint.com.do

Ilustración portada:

"Duarte - Somos hermanos" acrílica/carboncillo/lienzo/2007.
Maria Iskakova, de nacionalidad rusa. Donada al Instituto Duarteño.

Impresión:

Gráfica Willian, S.R.L., c/Arzobispo Meriño 261,
Ciudad Colonial, Santo Domingo. República Dominicana.
Tel.: (809) 682-1532 • Email: grafica_willian@hotmail.com

Impreso en República Dominicana

INSTITUTO DUARTIANO

Directiva 2010-2013

Dr. Mariano Lebrón Seviñón
Miembro Emeritus Ad Vitam
Orden del Mérito Duartiano
PRESIDENTE DE HONOR

Prof. José Joaquín Pérez Saviñón
Orden del Mérito Duartiano
PRESIDENTE

Dr. Wilson Gómez Ramírez
Miembro Emeritus Ad Vitam
PRIMER VICEPRESIDENTE

Don Daniel Nicanor Pichardo Cruz
Miembro Emeritus Ad Vitam
SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Prof. Carlos Acosta Piña
Miembro Emeritus Ad Vitam
TESORERO

Lic. Victor C. Zabala Sánchez
GOBERNADOR

VOCALES

Gral. Dr. Rafael L. Pérez
Miembro Emeritus Ad Vitam
Dr. Abelardo Jiménez Lambertus
Miembro Emeritus Ad Vitam
Doña Miriam Brea de Miniño
Dr. Julio Manuel Rodríguez Grullón
Miembro Emeritus Ad Vitam
Lic. Nelly García
Arq. Jacinto Pichardo Vicioso

Índice

JUAN PABLO DUARTE: PADRE DE LA PATRIA

Roberto Cassá 7

DUARTE Y LA LUCHA DE CLASES

Juan Bosch y Gaviño 53

RELATO DE UN “TESTIGO”

Ramón E. Colombo 61

SAINT DENYS VERSUS DUARTE

Victor Garrido 81

EJEMPLOS

José J. Pérez Saviñón 99

LA INDEPENDENCIA, LA CONSTITUCIÓN Y LOS SÍMBOLOS DE LA PATRIA

Wilson Gómez Ramírez 105

HIMNO DE REYES Y DE PRUD’HOMME

(Himno Nacional Dominicano)

Rafael L. Pérez y Pérez 111

LA PATRIA

Daniel Nicanor Pichardo Cruz 129

APORTES DE JUAN PABLO DUARTE Y LA TRINITARIA A LA FUNDACIÓN Y CONSOLIDACIÓN DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

Alejandro Paulino Ramos 145

Lo poco o mucho que hemos podido hacer o hiciéramos aún en obsequio de una patria que nos es tan cara y tan digna de mejor suerte, no dejará de tener imitadores; y este consuelo nos acompañará en la tumba.

Juan Pablo Duarte

Sed justos lo primero, si queréis ser felices. Ese es el primer deber del hombre; y ser unidos, y así apagaréis la tea de la discordia y venceréis a vuestros enemigos, y la patria será libre y salva. Yo tendré la mayor recompensa, la única a que aspiro, al veros libres, felices, independientes y tranquilos.

Juan Pablo Duarte

Liminar

Nuestro Padre Fundador, el inmortal, Juan Pablo Duarte nos legó un proyecto de Ley Fundamental, el cual, aunque no fue adoptado como nuestra Carta Magna, sigue siendo el extracto, la guía básica, el meollo de nuestra existencia como nación. En efecto, sus artículos resumen su pensamiento, por lo que él luchó y consagró su existencia.

En el artículo 6^{to}. del referido proyecto, puede leerse:

“La ley suprema del Pueblo Dominicano es y será siempre su existencia política como Nación libre e independiente de toda dominación, protectorado, intervención e influencia extranjera”.

Quienes se consideran dominicanos deben tener presente permanentemente este principio, vulnerado innumerables veces. No obstante, nuestra soberanía ha sido siempre rescatada, tal como lo expresa nuestro Canto Patrio en las letras compuestas por Emilio Prud Homme, que rezan: ***“... que si fuere mil veces esclava, otras tantas ser libre sabrá”.***

¡No olvidemos, ni quebrantemos –quisqueyanos valientes– esos principios sagrados e inalterables que heredamos de nuestro Patricio!

La nación dominicana es libre e independiente y no es ni puede ser jamás integrante de ninguna otra potencia, ni el patrimonio de familia ni persona alguna propia ni mucho menos extraña.

Juan Pablo Duarte

Nuestra patria ha de ser libre e independiente de toda potencia extranjera o se hunde la isla.

Juan Pablo Duarte

Sí, Juan Pablo, la historia dirá: que fuiste el Mentor de la juventud contemporánea de la patria; que conspiraste, a la par de sus padres, por la perfección moral de toda ella; la historia dirá: que fuiste el Apóstol de la Libertad e Independencia de tu Patria.

Juan Isidro Pérez



JUAN PABLO DUARTE PADRE DE LA PATRIA

Roberto Cassá*

La grandeza de Duarte

Pocos cuestionan que Juan Pablo Duarte es la figura de mayor estatura en la historia dominicana. Su mérito principal radica en haber sido el primero en comprender que el pueblo dominicano tenía las potencialidades para constituirse en nación, lo que quiere decir para llevar una vida soberana a través de un Estado plenamente independiente. Al enunciar este objetivo, trazó las orientaciones de las luchas por la libertad y la igualdad que caracterizaron la historia dominicana en el siglo XIX.

* Prolífico historiador dominicano. Actualmente Director del Archivo General de la Nación.

Pero Duarte fue mucho más lejos que aspirar a una vida independiente, porque también trazó los rasgos del orden político y social deseable. En tal sentido, se adscribió a las nociones de la Revolución Francesa de libertad, igualdad y fraternidad, que inauguraron la vida moderna, por oposición al “viejo régimen” del absolutismo de los monarcas y la preeminencia de los nobles. El ideario nacional de Duarte, en consecuencia, estaba inserto en una concepción liberal y democrática radical, puesto que combatía denodadamente todas las expresiones de ideología conservadora, favorables al mantenimiento de los privilegios para ciertos grupos.

A pesar de que los dominicanos constituían ya a inicios del siglo XIX un conglomerado con rasgos particulares y tenían conciencia de esa situación, la pobreza del país, que se manifestaba en todos los órdenes, incluidos el político y el intelectual, impedía que de esa identidad surgiera la aspiración hacia una vida libre de todo dominio extranjero. El mérito de Duarte estriba en haberse sobrepuesto a esas dificultades, al negar toda forma de dependencia de una potencia extranjera.



Ilustración: Cristian
Hernández

Cuando se observan los movimientos nacionales previos a 1838, fecha en que Duarte inició sus labores revolucionarias, se comprueba que no llegaron nunca a la propuesta de crear un Estado plenamente independiente que respondiera a la soberanía del pueblo y que aplicara los preceptos de la libertad y la igualdad. Por ejemplo, los dominicanos derrotaron la dominación francesa en 1808, pero lo hicieron para volver bajo el dominio español. En ese momento muy pocos consideraron que procedía crear un Estado independiente, por lo que esta idea no tomó cuerpo como corriente política. En 1821, José Núñez de Cáceres derrocó el dominio español, pero colocó al naciente Estado como parte de la Gran Colombia y no visualizó un orden democrático de igualdad, pues mantuvo la esclavitud.

La capacidad innovadora de Duarte se explica porque fue un ser superior, dotado de una constitución moral inquebrantable, que se propuso sacrificarlo todo en aras de su ideal y no transigió con soluciones mediatizadas. Fue, por ende, un radical en las ideas y en la acción. Y esto lo llevó a combatir intransigentemente a los conservadores que eran partidarios de anexar el país a una potencia extranjera. La intransigencia de Duarte alcanzó ribetes excelsos: el ideal lo era todo, más allá de las dificultades que pudiera presentar el medio y de la oposición de los enemigos.

Esta recia conformación moral le granjeó adversidades de todo tipo y lo sustrajo muy pronto de la

vida del país, pues decidió no transigir con el despotismo y el anexionismo que se hicieron las guías de los dirigentes políticos dominicanos poco después de proclamada la independencia. Precisamente, Duarte dirigió la resistencia para que esto sucediera y fue derrotado porque las condiciones no le fueron propicias para la plasmación de su ideal. El aislamiento de Duarte de la vida dominicana tuvo ribetes trágicos, porque no dejó un solo minuto de soñar con la felicidad de su pueblo. Esta entrega incondicional a la causa nacional lo eleva hasta hoy al ejemplo superior de las virtudes cívicas y morales que deben concretarse en un orden político y social que erradique la opresión y la desigualdad.

Los años formativos

Duarte nació el 26 de enero de 1813, cuando todavía existía el dominio español. Su padre, Juan José Duarte, era un acomodado comerciante nacido en España, y su madre, Manuela Díez, había nacido en El Seibo descendiente de españoles. Su infancia y primera juventud transcurrieron entre la época denominada “España Boba” y el dominio haitiano. En estos últimos años no había prácticamente manifestaciones de oposición a los invasores de occidente, puesto que inicialmente tomaron medidas de tipo revolucionario que les granjearon el apoyo de gran parte de la población, sobre todo de los estratos pobres y de color.

Duarte no pudo realizar estudios superiores formales porque el país se había quedado sin universidad. Informa su hermana Rosa Duarte que estudió en la escuela de Manuel Aybar, y luego aprendió inglés y francés. Tuvo, empero, la suerte de que su padre lo complaciera con la realización de un viaje por Estados Unidos y Europa, posiblemente entre los años 1829 y 1832, a fin de realizar estudios de comercio. Esta estadía en el exterior le permitió conocer las aspiraciones liberales y democráticas que bullían en Europa contra los restos del antiguo régimen. También, de seguro, le permitió tomar conciencia de la reivindicación nacional. Es ilustrativo que, tras su retorno, uno de los amigos de su padre, Manuel María Valverde, le preguntó qué le había impresionado más de su viaje, a lo que respondió: “los fueros y libertades de Barcelona, fueros y libertades que espero que demos nosotros un día a nuestra patria”.

Apocos días de iniciado el viaje, el capitán del barco, después de conversar un rato con Pablo Pujol, el catalán que acompañaba al joven Duarte, y hacer comentarios sobre el país, se dirigió a Duarte preguntándole si no le daba pena decir que era haitiano, y éste respondió: “Yo soy dominicano”. Acto seguido el capitán español insistió: “Tú no tienes nombre, porque ni tú ni tus padres merecen tenerlo, porque, cobardes y serviles, inclinan la cabeza bajo el yugo de sus esclavos.” Años después relató que estas palabras humillantes lo llevaron en ese mismo momento a la resolución de luchar por la independencia dominicana.

Tras regresar, el joven Duarte ayudó a su padre en las labores comerciales, algo que le dio un sentido de trabajo y lo relacionó con los grupos del alto comercio de la época. Pero al mismo tiempo se dedicó al estudio, y tomó clases particulares con el presbítero Juan Vicente Moscoso, considerado uno de los espíritus más preclaros de la época. Su capacidad se vio rápidamente colocada por encima del medio, lo que le permitió iniciar una labor educativa de algunos amigos, casi todos del mismo círculo social de familias de raigambre urbana, ascendencia colonial y española, y en las cuales, por lo tanto, bullía un espíritu de inconformidad con el dominio haitiano.

Pero lo que pudo haber sido una reacción tradicionalista en esos jóvenes, gracias a Duarte se encaminó hacia la conformación del primer núcleo democrático y nacional de la historia dominicana. Tal vez la clave de esto se debió a la condición joven de todos ellos. El repudio a la opresión, sin compromiso con el pasado, los hizo receptivos a las prédicas de Duarte. Así, pues, el antecedente de la organización revolucionaria formada por Duarte fue un conglomerado de amigos, cohesionados bajo su orientación en la actividad del estudio y la reflexión intelectual.

Estas actividades se fortalecieron con motivo de la llegada al país del sacerdote peruano Gaspar Hernández, designado párroco de San Carlos, al parecer de elevada formación intelectual, quien organizó un grupo de estudios de filosofía en 1842. Sin embargo, Gaspar Hernández no tuvo responsa-

bilidad en la dirección patriótica y revolucionaria del conjunto de jóvenes, puesto que no era un liberal, sino un partidario del retorno del dominio español.

Fundación de La Trinitaria

Cuando Duarte consideró que había logrado transmitir su apostolado a esos amigos, decidió pasar a una fase de organización política, para lo que creó la sociedad secreta La Trinitaria el 16 de julio de 1838, en una reunión sostenida en la casa de Juan Isidro Pérez, ubicada en la hoy calle Arzobispo Nouel (antes calle del Arquillo) frente a la iglesia del Carmen. De acuerdo con el testimonio de Félix María Ruiz, uno de los congregados, se procedió a hacer el siguiente juramento:



Fundación de la Sociedad la Trinitaria. Óleo inconcluso por Radhamés Mejía Esteves. Colección Instituto Duarteano.

En nombre de la Santísima, Augustísima e Indivisible Trinidad de Dios Omnipotente: juro y prometo, por mi honor y mi conciencia, en manos de nuestro presidente Juan P. Duarte, cooperar con mi persona, vida y bienes a la separación definitiva del gobierno haitiano y a implantar una República libre, soberana e independiente de toda dominación extranjera, que se denominará República Dominicana; la cual tendrá su pabellón tricolor en cuartos, encarnados y azules, atravesado por una cruz blanca. Mientras tanto seremos reconocidos los trinitarios con las palabras sacramentales: Dios, Patria y Libertad. Así lo prometo ante Dios y el mundo. Si tal hago, Dios me proteja y de no, me lo tome en cuenta, y mis consocios me castiguen el perjurio y la traición si los vendo.

Ese juramento fue firmado, según la tradición, con sangre por cada uno de los presentes. Ha habido criterios encontrados acerca de quienes fueron los fundadores de La Trinitaria. Este tema ha sido dilucidado por Vetilio Alfau Durán en su artículo “*Los fundadores de La Trinitaria*”. Tres fundadores de la organización del 16 de julio, José María Serra, Félix María Ruiz y Juan Nepomuceno Ravelo, dieron versiones distintas acerca de los asistentes a la ceremonia.

José María Serra:

Juan Pablo Duarte
Juan Isidro Pérez
Juan Nepomuceno Ravelo
Félix María Ruiz
Benito González
Jacinto de la Concha
Pedro Alejandrino Pina
Felipe Alfau

Juan N. Ravelo:

Juan Pablo Duarte
Juan Isidro Pérez
José María Serra
Juan Nepomuceno Ravelo
Benito González
Vicente Celestino Duarte
Felipe Alfau

Félix María Ruiz:

Juan Pablo Duarte
Francisco del Rosario Sánchez
Pedro Antonio Bobea
Ramón Mella
Félix María Ruiz
Pedro Pina
José María Serra
Juan Isidro Pérez
Jacinto de la Concha



Así, pues, Serra, Ruiz y Ravelo convalidan su propia asistencia a esa reunión solemne, al igual que las de Duarte, Pedro Alejandrino Pina y Juan Isidro Pérez. Se debe aclarar que la lista de Ravelo es incompleta, ya que señaló que había habido doce asistentes, de los cuales únicamente recordaba los nombres de siete.

Cuando Emiliano Tejera interrogó a Duarte en Caracas, en 1864, éste le señaló que Sánchez y Mella

ingresaron de inmediato a La Trinitaria. Tejera llegó a la conclusión de que el 16 de julio hubo dos reuniones, una inaugural en la mañana y otra en la tarde, en que se incorporaron nuevos integrantes. Distintas fuentes señalan que en el inicio de La Trinitaria se contaron varias categorías de miembros. Tejera, con el aval de otros estudiosos del tema, llegó a la conclusión de que los asistentes a la reunión de la mañana fueron: Duarte, Juan Isidro Pérez, Pedro A. Pina, Jacinto de la Concha, Félix M. Ruiz, José M. Serra, Benito González, Juan N. Ravelo; Felipe Alfau. Además de estos nueve, se señala la adhesión inmediata de varios más, que cabe considerar también como fundadores de la organización revolucionaria a Francisco del Rosario Sánchez, Matías Ramón Mella, Vicente Celestino Duarte, Félix María Delmonte, Juan Nepomuceno Tejera, Tomás de la Concha, Jacinto de la Concha, José A. Bonilla, Pedro Carrasco, Epifanio Billini, Joaquín Lluberés, Pedro Pablo Bonilla, Pedro Antonio Bobea, Juan Evangelista Jiménez, Remigio del Castillo y otros.

*“La ley es la que da al gobernante el
derecho de mandar e impone al gobernado
la obligación de obedecer.*

Juan Pablo Duarte

La Trinitaria fue una organización que no tenía precedentes en el país: el primer agrupamiento revolucionario animado por una doctrina política, con un programa y un sistema de organización. Su razón de ser estribaba en plasmar el objetivo que había predicado Duarte, en primer lugar derrocar el dominio haitiano para fundar un Estado independiente. Por eso, como se puede leer en el juramento, la entidad se organizó alrededor de la fidelidad a la persona de Duarte. Las enseñanzas del Padre de la Patria resumían la doctrina y el programa de la sociedad. El movimiento de los trinitarios, según refiere Rosa Duarte, fue conocido como “revolución de los muchachos” a causa de la juventud de casi todos. Los conservadores los veían con desconfianza y burla por el idealismo desinteresado. Acuñaron el neologismo despectivo de *filorios*, palabra que venía de filósofos, con lo que se quería denotar que eran románticos carentes de realismo.

Contrario a esta visión, Duarte dotó a La Trinitaria de los recursos prácticos y organizativos necesarios para alcanzar sus objetivos. Se puede asociar a La Trinitaria con la tradición masónica y con las organizaciones libertarias de los países mediterráneos que propugnaban por implantar regímenes liberales, como los carbonarios de Italia. Su principal rasgo distintivo fue el secreto que debía guiar las actividades; por eso, se dotó de una organización celular, lo que significa que cada núcleo de conspiradores debía existir como un cuerpo independiente del resto. La

Trinitaria se concibió, por tanto, como una cadena de conspiradores que confluían en los primeros iniciados: cada uno de ellos debía crear una célula con dos integrantes más y, a su vez, éstos crear otras células con la incorporación de dos nuevos adeptos. Cada miembro únicamente debía conocer a los integrantes de las células a las que perteneciera.

Duarte fue nombrado presidente y general de la organización secreta, con facultad de otorgar grados. Sus seguidores más cercanos recibieron el rango de coronel y se les reconocía por un seudónimo y un color. Por ejemplo, Duarte tenía el azul, que significaba gloria; Pérez tenía el amarillo, símbolo de la política; Pina el rojo para significar la pasión patriótica, y Sánchez el verde, para la esperanza. La importancia que concedió a las tareas militares se pone de manifiesto en el hecho de que él ingresó a la Guardia Nacional, un cuerpo militar haitiano compuesto por civiles, e invitó a sus compañeros a hacer lo mismo. En las actividades educativas de Duarte se incluyeron clases de tiro y de esgrima, a fin de preparar a sus discípulos para la guerra.

A pesar de las precauciones conspirativas que acompañaron al funcionamiento de la sociedad secreta, se ha inferido –por lo que contienen las escasas fuentes– que hubo la defección de un Judas que llevó a la virtual disolución de esta sociedad. Por lo que indica Rosa Duarte, se supone que el traidor fue Felipe Alfau, aunque probablemente no denunció lo que conocía, sino que se alejó y cambió de posición

política. En los años posteriores, se señalaría a Alfau como uno de los conservadores más decididamente opuestos a las ideas liberales y democráticas de Duarte. Tiempo después, otros compañeros de Duarte le dieron la espalda a sus enseñanzas, como Juan Nepomuceno Tejera, quien apoyó tanto la anexión a España de 1861 como el proyecto de anexión a Estados Unidos de 1869.

Aunque no se conozcan los detalles precisos, La Trinitaria dejó de funcionar no mucho tiempo después de fundada. De seguro, aparte de la posible defección de Alfau y otros incidentes, quedó patente que había múltiples dificultades para proseguir la acción revolucionaria debido a la apatía de la población, que todavía no comprendía las concepciones de los jóvenes trinitarios. Pero esto no significa que se paralizaran los trabajos; Duarte procedió a crear La Filantrópica, una sociedad legal donde se pronunciaban discursos políticos y se promovía la cultura, compuesta por el mismo núcleo básico que había conformado La Trinitaria. También tomó la iniciativa de fundar la Sociedad Dramática, cuyo objetivo era difundir los ideales nacionales y democráticos a través de la representación de obras teatrales. En algún momento las autoridades haitianas se sintieron alarmadas a propósito de una de estas obras, cuando se gritó “Haití como Roma”; sin embargo, decidieron no reprimir esta actividad por considerarla inofensiva y que debía ser incluso imitada por los jóvenes haitianos.

Las Enseñanzas de Duarte

Diversos documentos informan acerca de su concepción del orden ideal que debía alcanzar la nación. La principal fuente es el proyecto de Constitución que elaboró entre los meses de abril y junio de 1844 y que debió interrumpir por los acontecimientos que se sucedieron. Ante todo, señala que la independencia absoluta constituye la ley cardinal de la nación y el Estado, y que, por tanto, resulta inviolable, sin importar las circunstancias. Con esto, el Padre de la Patria se contraponía a los conservadores, quienes carecían de fe acerca de la capacidad de los dominicanos para hacer viable un Estado independiente. Cuando los acontecimientos se precipitaron desde inicios de 1843, casi todos los conservadores, pertenecientes a las generaciones mayores de los estratos superiores urbanos, que hasta entonces habían colaborado con los gobernantes haitianos, llegaron a la conclusión de que la fórmula idónea para liberarse del yugo haitiano era el protectorado de Francia. Por esto fueron calificados despectivamente como “afrancesados”. Además de que veían imposible enfrentar la superioridad militar haitiana, estimaban que la presencia de una potencia extranjera resultaba indispensable para promover el progreso económico, ya que el país era demasiado pobre. El más connotado de los afrancesados, Buenaventura Báez, justificaba su postura favorable al protectorado o a la anexión del país con el principio del cosmopolitismo, o sea, que el país

estaba obligado a integrarse a las corrientes de la civilización y el progreso vigentes en el mundo.

Para Duarte esas ideas de los conservadores no eran sino la expresión de una vocación antinacional, y utilizó el neologismo de “orcopolitas”, o sea, ciudadanos del infierno, para calificar a los “cosmopolitas” (ciudadanos del mundo). Por eso, como le escribió muchos años después a su amigo Félix María Delmonte: *“Esa fracción o mejor dicho esa facción ha sido, es y será siempre todo menos dominicana; así se la ve en nuestra historia, representante de todo partido antinacional y enemigo nato por tanto de todas nuestras revoluciones”*. Duarte estuvo penetrado permanentemente de una dura intransigencia contra los conservadores anexionistas, y expresó en una ocasión: *“Mientras no se escarmiente a los traidores, como se debe, los buenos y verdaderos dominicanos serán siempre víctimas de sus maquinaciones”*.

Un segundo aspecto de las concepciones de Duarte es su apego a la legalidad, puesto que perseguía establecer un régimen basado en las normas de las instituciones, y no en las conveniencias accidentales de los individuos. Su proyecto de Constitución contiene varias secciones dedicadas a ratificar la obligatoriedad de obediencia de la ley tanto para gobernantes como para gobernados. El significado de la centralidad que acordó el Padre de la Patria a la legalidad del ordenamiento estatal residía en que prevenía cualquier asomo de dictadura, puesto que

ésta tiene generalmente su fuente en la violación de la ley. Duarte aspiraba a la construcción de un orden democrático perfecto, donde las competencias de los poderes y de las personas estuviesen claramente delimitadas, a fin de que no hubiese menoscabo de los derechos inherentes a la dignidad de la persona. Por tanto, el norte del sistema político debía ser el respeto de las libertades, empezando por la de creencias. En el proyecto de Constitución se consagra la religión católica como la “predominante en el Estado”, pero sin menoscabo de la “libertad de conciencia y tolerancia de cultos”.

Si bien establecía que la soberanía residía en la nación (la reunión de todos los dominicanos), ésta tenía que mantenerse de acuerdo a un orden democrático. De ahí que el artículo 20 del proyecto de Constitución reza: *“La Nación está obligada a conservar y proteger por medio de sus Delegados y a favor de leyes sabias y justas la libertad personal, civil e individual, así como la propiedad y demás derechos legítimos de todos los individuos que la componen”*.

En otro apartado del proyecto de Constitución estableció, por tanto: *“Ningún poder de la tierra es ilimitado, ni el de la ley tampoco”*.

La concepción democrática del orden político se expresó de manera acabada en su planteamiento de que el Estado dominicano estuviese dividido en cuatro poderes, y no en tres como era lo clásico

a partir de la doctrina de Charles de Montesquieu, quien había concebido la teoría de la separación de los tres poderes como fórmula para evitar el despotismo. Además de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, el referido proyecto de Constitución introducía el poder municipal. Es decir, el municipio pasaba a tener una dignidad similar a la de los otros poderes, gozando de plena autonomía, cuestión relevante puesto que se aseguraba el ejercicio de los derechos ciudadanos. Con esta centralidad del municipio, Duarte estaba diseñando una democracia que garantizara el ejercicio participativo de los derechos y deberes ciudadanos.

Lo anterior lo llevó a incluir en el proyecto de Constitución una definición del tipo de gobierno; *“deberá ser siempre y antes de todo, propio y jamás ni nunca de imposición extraña bien sea esta directa, indirecta, próxima o remotamente; es y deberá ser siempre popular en cuanto a su origen, electivo en cuanto al modo de organizarle, representativo en cuanto al sistema, republicano en su esencia y responsable en cuanto a sus actos”*.

“Los enemigos de la Patria, por consiguiente nuestros, están todos muy acordes en estas ideas: destruir la Nacionalidad aunque para ello sea preciso aniquilar a la nación entera”.

Juan Pablo Duarte

Pero no se limitaba a concebir su propuesta desde el mero ángulo del sistema político, sino que la conectaba con la democracia social. Originalmente, el círculo duartista fue visualizado como un conglomerado de blancos que se oponían al dominio de los negros haitianos. De hecho, muchos de ellos participaban de los prejuicios provenientes del pasado colonial que asignaban un estado de superioridad a los blancos y el correspondiente de inferioridad a los negros. Duarte se opuso a estos criterios e inculcó a sus discípulos el principio de la “unidad de raza”. Con esto significaba el reconocimiento de que la nación dominicana se había estructurado a través de la mezcla de aportes étnicos distintos, fundamentalmente el de los africanos y el de los europeos, para dar lugar a un conglomerado particular de mayoría mulata. Esta realidad era elevada a principio que debía pautar la asociación de todo el pueblo en una nación de iguales, es decir, donde no hubiese privilegios por razones de casta o color. La importancia que le prestó al tema tenía motivos más que justificados, ya que el principal obstáculo que enfrentaba la culminación de la conformación de la nación estribaba en los criterios coloniales que establecían la desigualdad entre los componentes étnico-raciales. La inquietud se observa en una de las poesías escritas por Duarte:

*Los blancos, morenos, cobrizos, cruzados,
marchando serenos, unidos y osados,
la Patria salvemos de viles tiranos, y al
mundo mostremos que somos hermanos.*

El criterio social democrático está desarrollado en un texto de Duarte transcrito por su hermana Rosa:

Todo el que contrariare de cualquier modo los principios fundamentales de nuestra asociación política se coloca ipso facto y por sí mismo fuera de la Ley, que la Ley no reconocería más nobleza que la virtud, ni más vileza que la del vicio, ni más aristocracia que la del talento, quedando para siempre abolida la aristocracia de sangre como contraria a la unidad de raza, que es uno de los principios fundamentales de nuestra asociación política.

Refiere la misma Rosa Duarte que, al ser acremente combatido el principio de la unidad de raza, su hermano procedió a destruir el proyecto de Constitución.

La Reforma

Para que los anhelos de independencia pudiesen ganar terreno hacía falta un estremecimiento, ya que los trinitarios no lograban traspasar su influencia del círculo de jóvenes de los estratos urbanos medios y superiores. Lo que les permitió pasar a una etapa de plena actividad para la consecución de sus objetivos fue el movimiento de La Reforma, iniciado en Les Cayes, principal ciudad del sur de Haití y bastión del liberalismo opuesto a la autocracia del presidente Jean Pierre Boyer.

Al enterarse de la conspiración que dirigían los depuestos diputados liberales de Les Cayes y otros puntos del sur, Duarte dispuso que Matías Ramón Mella, quien sobresalía como uno de sus compañeros más audaces y valientes, se trasladara a esa región para llegar a acuerdos con esos enemigos de Boyer. Mella cumplió su cometido en una breve visita, y retornó hacia Santo Domingo un día antes del estallido de la insurrección iniciada el 27 de enero de 1843, y que, tras operaciones militares, llevó a la renuncia del dictador el 13 de marzo. Cuando el 24 de marzo llegaron a Santo Domingo las noticias de la caída de Boyer, se produjo una movilización dirigida por algunos de los compañeros de Duarte en unión con liberales haitianos residentes en la ciudad. El pueblo se lanzó a la calle en repudio al despotismo y aclamando la independencia dominicana.

Los conservadores acusaron a Duarte y a sus amigos de ¡colombianos!, haciendo alusión a Núñez de Cáceres, quien no abolió la esclavitud. Para contrarrestar esta acusación, Duarte subrayó enérgicamente que no era la independencia lo que se buscaba en ese momento, sino La Reforma. Era consciente de que aún no habían madurado las condiciones para la proclamación de la independencia.

Las autoridades haitianas de la ciudad de Santo Domingo, encabezadas por el gobernador Carrié, se opusieron al movimiento popular y se produjo una balacera en la Plaza de Armas (hoy Parque Colón) cuando la multitud se acercaba a la residencia de Carrié

para exigir su dimisión. Muchos manifestantes se ocultaron y otros, encabezados por Duarte, marcharon hacia San Cristóbal, donde se encontraban importantes conjurados. En esa villa se recibieron refuerzos de otros lugares del sur y se obtuvo la renuncia de los boyeristas; se procedió a designar gobernador a Etienne Desgrotte, jefe de los liberales haitianos que residían en Santo Domingo. Se formó una Junta Popular presidida por el haitiano Alcuis Ponthieux, en la cual Duarte era uno de los vocales, junto a los trinitarios Manuel Jimenes y Pedro Alejandrino Pina. La Junta le encomendó a Duarte la misión de expandir los trabajos a las localidades del este.

Pronto se manifestaron divergencias entre los liberales haitianos y los liberales dominicanos. Con motivo de la celebración de elecciones para la designación de representantes legislativos compitieron tres tendencias: los conservadores dominicanos, los liberales dominicanos y los liberales haitianos. A pesar de la poca relación con el pueblo que tenían los trinitarios, éstos triunfaron en esas elecciones debido a que encarnaban las ansias de libertad de los sectores más conscientes de la población dominicana. Adicionalmente, días antes se había enviado a las autoridades haitianas la petición de que los documentos oficiales fueran redactados en español, pues los dominicanos no podían ser tratados como pueblo conquistado. Todo esto alertó a los liberales haitianos acerca de lo que perseguían los dominicanos.

A pesar de la lucha entre liberales y conservadores, algunos de éstos comprendieron que era preciso llegar a un acuerdo con los trinitarios, ya que ellos solos carecían de la fuerza necesaria para lograr la independencia de Haití. A tal efecto se realizaron reuniones entre Duarte y personalidades conservadoras, en búsqueda de unidad de acción. Los conservadores exigían concesiones contrarias a la soberanía dominicana que Duarte consideró inadmisibles, por lo cual las negociaciones llegaron a un punto de impasse. Sin embargo, los trinitarios siguieron tratando de recabar mayor apoyo de diversos sectores, y no renunciaban a la unidad, siempre y cuando se mantuviera el objetivo de un Estado plenamente independiente. El mismo Duarte, en las labores de la Junta Popular, en El Seibo logró la incorporación de los hermanos Ramón y Pedro Santana, dos de los propietarios más influyentes de la región oriental, connotados por su oposición al yugo haitiano. Duarte conversó con Ramón Santana, quien tenía inclinaciones patrióticas; éste declinó la propuesta de ser nombrado coronel por entender que ese cargo debía corresponderle a su hermano Pedro, con vocación para el mando. Luego Duarte envió a Sánchez a ratificar el acuerdo, pues este último era amigo personal de los hermanos Santana. Este episodio, sin duda verídico, evidencia que, a pesar de la disputa entre trinitarios y afrancesados, se producían acuerdos de algunos de los últimos con el movimiento de los primeros.



Francisco del Rosario
Sánchez



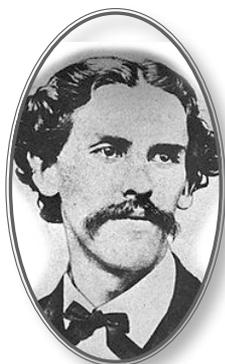
Matías Ramón Mella



Charles Hérard



Jean Pierre Boyer

Vicente Celestino
DuartePedro Alejandrino
Pina

Juan Isidro Pérez

El nuevo presidente haitiano, Charles Hérard, quien había dirigido las operaciones militares de La Reforma, comprendió que se estaba incubando una situación delicada en la “Partie de LEst”. Parece que su alarma fue motivada por el triunfo de los trinitarios en las elecciones del 15 de junio, la petición de uso del idioma español y un proyecto de solicitud del que se desistió de que concediese la independencia a la parte dominicana. Por otro lado, algunos conservadores que colaboraban con el régimen haitiano, como Manuel Joaquín Delmonte, instigaron a las autoridades haitianas a reprimir a los trinitarios. Desde Cabo Haitiano, Hérard dispuso a inicios de julio una marcha militar para imponer el orden, y procedió a arrestar a todos los sospechosos de realizar actividades independentistas. Varios trinitarios, como Matías Ramón Mella, fueron apresados, pero otros lograron esconderse antes de la entrada de Hérard a la ciudad, el 12 de julio, entre ellos Duarte, Sánchez, Pedro Alejandrino Pina y Juan Isidro

Pérez. Duarte, Pina y Pérez abandonaron el país en forma secreta el 2 de agosto, mientras que Sánchez permaneció en el interior debido a que se había enfermado. Haciendo correr el rumor de que había fallecido, Sánchez pasó a dirigir los trabajos conspirativos en unión a Vicente Celestino Duarte.

Primero desde Venezuela y luego desde Curazao, Duarte se mantuvo atento al desarrollo de los acontecimientos, presto a retornar al país para ponerse al frente de la insurrección que se planeaba contra el dominio haitiano. Procuró infructuosamente obtener recursos del presidente venezolano Carlos Soublette y, mientras tanto, envió a sus compañeros Pina y Pérez a Curazao, a fin de que mantuvieran contacto más estrecho con el país. Cuando recibió una carta de Sánchez y su hermano Vicente Celestino, fechada el 15 de noviembre de 1843, en la que se le solicitaban ayuda urgente para iniciar la sublevación, el Padre de la Patria escribió a sus hermanos el 4 de febrero pidiéndoles que dispusiesen de todos los bienes:

El único medio que encuentro para reunirme con Uds. es independizar la patria; para conseguirlo se necesitan recursos, recursos supremos, y cuyos recursos son, que Uds. de mancomún conmigo y nuestro hermano Vicente ofrendemos en aras de la patria lo que a costa del amor y trabajo de. nuestro padre hemos heredado.

Pocos días después marchó a Curazao con vistas a retornar al país lo antes posible. Mientras tanto, las hermanas de Duarte laboraban activamente en la fabricación de municiones, junto a mujeres de las familias Ravelo, Concha y Valverde.

Lucha contra los afrancesados

Tan pronto se conformó la Junta Central Gubernativa el 28 de febrero de 1844, al día siguiente a la proclamación de la independencia, una de sus primeras disposiciones fue enviar a Juan Nepomuceno Ravelo en la goleta “Eleonora” para que trajera a



Duarte y a sus dos compañeros de vuelta al país. Los tres trinitarios llegaron a Santo Domingo el 15 de marzo y fueron recibidos apoteósicamente. El arzobispo abrazó a Duarte diciéndole: “Salve al Padre de la Patria.” En la Plaza de Armas Duarte fue proclamado por el pueblo y el ejército general en jefe del ejército dominicano. Pero encontró una patente hegemonía del sector conservador, expresada en una mayoría en la Junta Central Gubernativa, la presidencia de Bobadilla y la jefatura militar en el frente sur de Pedro Santana. La Junta desconoció la

proclama popular y designó a Duarte comandante de armas de Santo Domingo.

Gracias a la hegemonía conservadora en la Junta Central Gubernativa, el 8 de marzo ese organismo había tomado la resolución de adoptar en parte un plan esbozado en la capital de Haití por el Cónsul General de Francia y por varios representantes dominicanos que estaban participando en la Asamblea Constituyente que se llevaba a cabo como resultado del triunfo de La Reforma. El Plan Levasser estipulaba la designación de un gobernador francés como ejecutivo del Estado dominicano, con lo que el país durante diez años prorrogables quedaría en la situación de protectorado de Francia. También estipulaba la cesión a Francia a perpetuidad de la península de Samaná.

La resolución de la Junta Central Gubernativa del 8 de marzo cedía Samaná e incluía otros aspectos del plan, como la ayuda activa a Francia en el caso de que decidiera reconquistar su antigua colonia en el occidente de la Isla. La justificación de esta resolución estribaba en la amenaza militar haitiana. En los meses de marzo a mayo los cabecillas conservadores depositaron todas sus expectativas en la ayuda francesa.

Hasta la llegada de Duarte, los jefes de los trinitarios, Sánchez y Mella, se mostraron pasivos, aceptando la propuesta de la cesión de Samaná, pero Duarte imprimió un giro a estas posiciones,

encabezando una oposición discreta a estas gestiones antinacionales. Por ello, consideró que resultaba imperativo obtener un éxito militar contundente frente a los haitianos, y pidió ser designado en el frente del sur, por lo que fue destinado como general asociado a Santana. Ya en Baní, Duarte abogó por una táctica ofensiva que fue rechazada por Santana, quien siempre se caracterizó por adoptar posturas militares defensivas. Los oficiales subordinados a Duarte lo animaron a que tomara por su cuenta la ofensiva, haciendo caso omiso de la postura de Santana, pero él prefirió acatar las instrucciones de la Junta Gubernativa. Ante las divergencias con Santana, el 4 de abril la Junta lo convocó de retorno a Santo Domingo, en obvia desautorización de su postura.

Algunos historiadores han hecho un examen superficial de esta divergencia, atribuyéndole a Duarte ingenuidad y falta de preparación militar, juicios que obedecen a la aceptación de la supuesta invencibilidad militar de Santana. Superficialmente, consideran que Duarte hubiese llevado a un descalabro del esfuerzo defensivo, opinión que carece de fundamento, ya que no toma en cuenta diversos aspectos, como la desmoralización de que era víctima la tropa enemiga y las dificultades de abastecimiento de que adolecía. También soslayan que la pasividad de Santana respondía a una falta de confianza en la voluntad del pueblo dominicano, y

que lo que buscaba era simplemente ganar tiempo hasta la obtención de la ayuda francesa.

Lo anterior explica que la Junta Central Gubernativa, comprometida en negociaciones antinacionales con el cónsul de Francia en Santo Domingo, Juchereau de Saint-Denys, de nuevo desechara una propuesta de Duarte, consistente en que se le destinara al mando de un cuerpo expedicionario a través de Constanza que cayera en San Juan sobre la retaguardia enemiga. Esa misión se le asignó a Mella, quien a su vez la delegó en José Duran, comandante de Jarabacoa.



Pedro Santana



Antonio Duvergé

La amenaza militar haitiana desapareció a fines del mes de abril a consecuencia del derrocamiento del presidente Hérard, quien se encontraba inmobilizado en Azua desde el mes anterior. Tan pronto

los haitianos volvieron detrás de sus límites, Santana despachó a Antonio Duvergé a instalar puestos militares dominicanos hasta la frontera. En consecuencia, la negociación con el gobierno francés carecía de pertinencia, puesto que había desaparecido el pretexto que la justificaba, que era la amenaza militar haitiana. Sin embargo, los conservadores no renunciaron a su objetivo proteccionista, lo que se manifestó en el discurso pronunciado por Tomás Bobadilla en una reunión de notables convocada el 26 de mayo por la Junta Central Gubernativa. Por primera vez de forma pública, el Presidente de la Junta abogó por la protección francesa, por lo que obtuvo de inmediato la repulsa de Duarte. Se abrió entonces una lucha de corrientes que tuvo por siguiente capítulo la aceptación de las peticiones del Cónsul francés, el 1 de julio, resolución que Duarte se vio obligado a firmar. Las divergencias llevaron a Duarte a presentar su renuncia a la Junta Gubernativa. Poco antes la oficialidad de la guarnición de Santo Domingo había formulado la solicitud de que se ascendiese a Duarte, Sánchez y Mella a generales de división, lo que fue desestimado. El desenlace del conflicto fue la destitución de una parte de los conservadores dentro de la Junta Central Gubernativa por medio de un movimiento militar y popular el 9 de junio bajo la dirección de Duarte. Para ello obtuvo el apoyo de antiguos esclavos residentes en las cercanías de Santo Domingo, que componían una tropa de confianza del jefe de la guarnición de la ciudad, Joaquín Puello.

Sánchez fue designado presidente de la nueva Junta, compuesta mayoritariamente por trinitarios. Díez días después, Duarte solicitó ser destinado al Cibao, con el fin de lograr la adhesión de sus poblaciones al nuevo orden de cosas, en reconocimiento de la importancia demográfica y económica de esta región. Desde los primeros días de la independencia el delegado del gobierno en el Cibao era Mella, quien tuvo que enfrentar las intrigas de los conservadores contra su autoridad y en general contra las posiciones liberales. Pero a su paso por las poblaciones del Cibao, Duarte iba siendo aclamado como la encarnación del ideal nacional. Esto explica que el 4 de julio, Mella presentara a Duarte ante el pueblo y el ejército de Santiago en tales términos que fue aclamado como presidente de la República. Mella notificó a Sánchez la resolución, diciéndole: “Estos pueblos no tuvieron más trastornos que la venida de la Delegación; se acabó ésta con la llegada de Juan Pablo, ¡Gracias a Dios! En fin, concluyo diciéndote que llegó mi deseado y te lo devolveré Presidente de la República Dominicana.” La proclamación de Duarte se hizo con la condición de que “salve al país de la dominación extranjera y que convoque la Constituyente y remedie la crisis de la hacienda pública.” Duarte siguió a Puerto Plata el 8 de julio, lugar donde fue de nuevo proclamado presidente por el pueblo y el ejército. El fuerte apoyo a los liberales era producto de que en la región del Cibao se había desarrollado más que en el sur la agricultura comercial, y por lo tanto los sectores urbanos

partidarios de una sociedad democrática eran más fuertes que en el resto del país.

La designación de Duarte como presidente tuvo que ser acatada por las principales figuras militares de la región del Cibao, a pesar de que algunas de ellas cuestionaban abiertamente a los ayudantes de Mella, Juan Evangelista Jiménez y el venezolano Juan José Illás. En la tradición historiográfica nacional se han vertido críticas al proceder de Mella y a que Duarte aceptara la presidencia. Se ha calificado el acto como “precipitado”, “atolondrado” o “el primer desconocimiento de la legalidad”. Estos juicios, por lo general, como el de Rafael Abreu Licairac, son producto de empatía respecto a los adversarios de los trinitarios, Santana y los restantes jefes conservadores, a quienes se les atribuyen los mayores méritos en la consecución de la independencia, y olvidan que ésta fue resultado de los preparativos realizados por Duarte desde 1838. Quienes critican a Mella y a Duarte desde posiciones liberales olvidan que en el momento en que se produjo la proclamación de Duarte los liberales libraban una tenaz lucha contra

“Mientras no se escarmiente a los traidores como se debe, los buenos y verdaderos dominicanos serán siempre víctimas de sus maquinaciones”.

Juan Pablo Duarte

los conservadores y que en ella se debatía la suerte de la independencia, algo mucho más relevante que una disputa por el mando. Mella actuó movido por un patriotismo desinteresado y Duarte aceptó la proclamación con el convencimiento de que era la forma de salvar la independencia del país.

Los conservadores estaban dispuestos a acudir a cualquier medio para impedir la consolidación de la precaria jefatura liberal. El 3 de julio la Junta había enviado al coronel Esteban Roca a sustituir a Santana en la comandancia de la columna expedicionaria del sur. La oficialidad, encabezada por el coronel Manuel Mora, promovió un tumulto desconociendo al nuevo jefe y ratificando la jefatura de Santana, quien ya gozaba de gran ascendiente. Comprobado que no había riesgo inmediato de una nueva invasión haitiana, Santana marchó hacia Santo Domingo para enfrentar a la Junta Gubernativa, pero tuvo la habilidad de mostrar una actitud negociadora y anunció que venía en son de paz. Los integrantes de la Junta, encabezados por Sánchez, se vieron forzados a permitir la entrada de Santana a la ciudad el 12 de julio, pues el jefe de la guarnición, Puello, se negó a enfrentar al flamante jefe de la columna expedicionaria del sur. Al día siguiente de haber entrado a la ciudad, las tropas desconocieron la Junta y aclamaron a Santana como dictador. A las pocas horas, los trinitarios más connotados comenzaron a ser apresados y se procedió luego a reorganizar la Junta Gubernativa bajo el mando de Santana. Aunque éste

pasaba a tener prerrogativas de dictador, por consejo del cónsul francés Saint-Denys, declinó tal título. Rosa Duarte recuerda lo que ocurrió: “La ciudad, con las amenazas, estaba aterrada, y todo era confusión y espanto. El pueblo temblaba bajo el imperio del sable”.

Las noticias de estos acontecimientos llegaron con tardanza al Cibao, pues el trayecto a caballo entre Santo Domingo y Santiago tomaba alrededor de tres días. Al recibir las noticias del golpe de Estado de Santana al final de julio, Mella decidió dirigirse hacia Santo Domingo con la intención de negociar a nombre del Cibao. Llevaba la propuesta de que se celebrasen elecciones con Duarte y Santana como candidatos a la presidencia, y que el perdedor ocupase la vicepresidencia. Pero tan pronto traspasó los muros de la ciudad fue reducido a prisión junto a su ayudante Juan José Illás.

El cambio de gobierno de mediados de julio fue acatado en el Cibao unas semanas después, pues casi todos los que habían apoyado a Duarte y a Mella estimaron que no reconocer a la Junta presidida por Santana equivalía a una guerra civil que sería aprovechada por los haitianos. De tal manera obró el general Antonio López Villanueva, principal autoridad gubernamental de Puerto Plata, cuando recibió las noticias de Santo Domingo. Por tal razón, dispuso el arresto de Duarte, quien se había retirado a una sección rural próxima a la ciudad, y lo embarcó hacia Santo Domingo, adonde llegó el 2 de

septiembre. En su ciudad natal, Duarte se encontró con que sus amigos estaban presos, pues la Junta Central Gubernativa había decidido expulsarlos del país a perpetuidad por traición, con pena de muerte en caso de que retornaran. A fines de agosto, varios de ellos fueron embarcados hacia Irlanda, mientras Duarte fue destinado a Alemania el 10 de septiembre, a seis meses del nacimiento de la República.

En el Apure

El Padre de la Patria estuvo diecinueve días en Hamburgo, donde se relacionó con integrantes de la masonería, institución a la cual pertenecía desde unos años antes, como era común entre personas de cierto nivel educativo en el país. La corta estadía de Duarte en Alemania puede atribuirse a que le interesaba estar lo más cerca posible de su tierra. Viajó, pues, a Saint-Thomas, donde rechazó ofertas de ponerse al servicio de Haití o de España para hacer oposición a Santana. A continuación se desplazó a Venezuela, país donde había estado en dos ocasiones y tenía parientes y amigos. Hay constancia, por la correspondencia con Juan Isidro Pérez, de que se mantuvo atento a la evolución de la política dominicana hasta los primeros meses de 1845. La consolidación del poder de Santana, el fusilamiento de María Trinidad Sánchez y, en general, los cambios que se operaban debieron provocarle un fuerte desencanto. Se dio cuenta de que algunos de sus amigos trinitarios se habían plegado al orden de cosas, mientras seguían

las expulsiones de otros que se mantenían fieles a los ideales. En especial la deportación de su madre y sus hermanos debió provocarle un fuerte impacto. Sus impresiones de infortunio quedaron registradas en versos:

*Pasaron los días de paz y amistad
de amor y esperanza de fina lealtad.*

*Las glorias pasaron la gala y primor...
Quedaron recuerdos de amargo sabor...*

Duarte se retiró al interior de Venezuela, perdiendo contacto con sus familiares y con los demás dominicanos expatriados. Probablemente, quedó aquejado de un estado de depresión crónica. En cierto momento los familiares lo dieron por muerto. Poco se sabe acerca de la vida de Duarte en el interior de Venezuela, aunque estableció relaciones con figuras connotadas de la corriente liberal radical de ese país. El grueso del tiempo, sin embargo, lo pasó en una zona muy remota, El Apure, desligado por completo de lo que sucedía en el mundo. Se sabe que llevó una vida pobre, despreocupada de los aspectos materiales, y que se relacionó con el presbítero San Gerví, quien le enseñó historia sagrada y lo animó a tomar hábitos sacerdotales, lo que no aceptó, pues estimaba que aún no había concluido su misión por la patria.

El Diario de Rosa Duarte no registra nada entre 1846 y 1862. De seguro no le interesaba retornar al

país en las condiciones de hegemonía conservadora, cuando la política no se correspondía con sus ideales. Fue el único de los trinitarios connotados expulsos en 1844 que no retornó tras la amnistía de 1848, y su memoria se borró de la conciencia pública o quedó rodeada de una imagen estigmatizada por las acusaciones que le hicieron Santana y Bobadilla.

Otros trinitarios, como Sánchez y Mella, tras retornar al país, incursionaron en la política y cometieron el error de adherirse a los jefes conservadores Santana y Báez, cuyas rivalidades acapararon la vida política desde que, en su tercera presidencia, en 1853, Santana resolvió expulsar a Báez. Mella se hizo amigo de Santana y Sánchez se relacionó con Báez.



Francisco del
Rosario Sánchez

obviamente, veía las cosas de otra manera, como lo mostró en documentos posteriores. Para él resultaba imposible de aceptar cualquier tipo

Sánchez y Mella, empero, no abandonaron sus posturas liberales y patrióticas esenciales. Sus relaciones con los prohombres conservadores fueron el precio para mantenerse en el interior del país e influenciar para que las cosas tomaran el mejor rumbo posible. Pero Duarte,



Matías Ramón
Mella

de acuerdo con lo que calificaba como “facción”. Por lo que se infiere de una carta de Juan Isidro Pérez, quedó desilusionado de Sánchez, probablemente por la forma en que éste actuó a raíz del retorno de Santana a la ciudad, cuando intentó llegar a un entendido con el jefe militar conservador y anexionista. Para Duarte, la única causa posible era la del patriotismo del pueblo, por lo que no concebía la existencia de partidos, sino que únicamente reconocía la oposición de los traidores. Refutando a Báez y a sus inclinaciones a favor de Estados Unidos, escribió en 1865:

En Santo Domingo no hay más que un pueblo que desea ser y se ha proclamado independiente de toda potencia extranjera, y una fracción miserable que siempre se ha pronunciado contra esta ley, contra este querer del pueblo dominicano, logrando siempre por medio de sus intrigas y sórdidos manejos adueñarse de la situación.

Duarte prefería el aislamiento completo a cualquier concesión. La política tenía que estar pautada por fines nobles o se desvirtuaba. En consecuencia, la política implicaba altura de ideales, reflexión y acción en beneficio de la colectividad. Por sobre todas las cosas, *para Duarte la política equivalía a patriotismo. Su noción de la patria, que se sintetizaba en la disposición al sacrificio a favor de los principios y el bienestar del pueblo, era lo contrario de lo comúnmente considerado como política: el reino de la lucha por el poder.*

Veinte años después: en la Restauración

Aunque muchos aspectos de su vida en Venezuela siguen siendo desconocidos, es seguro que Duarte no abandonó la disposición a la acción, pues cuando estimó que la suerte de la patria se encontraba en peligro y su presencia podía ser necesaria en el escenario de lucha, no vaciló en ponerse presente. Fue lo que hizo cuando se enteró de la anexión de la República a España en marzo de 1861, noticia que recibió más de un año después en las profundidades de la selva venezolana, y se trasladó a Caracas en agosto de 1862.

Durante los meses siguientes se mantuvo fundamentalmente a la expectativa. Se puede deducir que estimaba que su prolongada ausencia del país no lo autorizaba a tomar iniciativas. Tal vez, además, seguía imbuido de un sentimiento de pesar por el derrotero del país, ya que en apariencia la mayoría de la población había aceptado la traición de Santana.

Fue cuando estalló la guerra de la Restauración, en agosto de 1863, cuando Duarte se puso en movimiento. El Diario de su hermana se reinicia el 20 de diciembre de 1863, con motivo de la llegada a Caracas de su tío Mariano Díez. Tan pronto se enteró de que el pueblo había iniciado la lucha contra la dominación española, Duarte conformó un centro revolucionario en Caracas. Tomaron parte en él su hermano Vicente Celestino, su tío Mariano Díez, el joven poeta Manuel

Rodríguez Objío y el venezolano Candelario Oquendo. Varios venezolanos se interesaron en apoyar la causa dominicana, los que sobresalieron entre Blas y Manuel Bruzual, este último conocido como El Soldado sin Miedo, exponente de las posiciones radicales del liberalismo. El presidente Juan Crisóstomo Falcón recibió a Duarte y le prometió ayuda, no obstante la situación difícil en que se encontraba Venezuela, tras varios años de la guerra federal.

A pesar de la buena disposición de Falcón, la ayuda recibida por Duarte fue mínima, ya que el asunto quedó en manos del vicepresidente Antonio Guzmán Blanco, futuro autócrata de Venezuela, quien no se interesó en ayudar a los dominicanos. Duarte reflexionó que en materia de intrigas los venezolanos no se diferenciaban nada de los dominicanos. Al parecer sólo recibió mil pesos fuertes del Gobierno venezolano. Muchos dominicanos acudían a ponerse a las órdenes de Duarte, pero él no podía hacer nada por falta de fondos.

Por eso, sin haber logrado reunir recursos, como era su deseo, en unión de los cuatro compañeros mencionados pudo embarcarse en Curazao hacia Montecristi en marzo de 1864. Llegó a Montecristi en abril de 1864 e inmediatamente se dirigió al gobierno de la Restauración. Al llegar a Santiago, pudo darle un saludo postrero a su compañero Ramón Mella, vicepresidente del gobierno, quien agonizaba víctima de cáncer. En las entrevistas que tuvo con Ulises Francisco Espaillat, a cargo del gobierno,

Duarte pidió ser destinado al frente de combate y manifestó su interés de conocer al presidente José Antonio Salcedo.



Ulises Francisco Espaillat

El gobierno restaurador no aquilató la trascendencia que tenía la presencia de Duarte, lo que pudo deberse a que su figura había quedado sepultada por el olvido y a que algunos de los líderes de la contienda nacional habían sido partidarios de Santana. El 14 de abril el gobierno de Santiago, a través de Espaillat, le pidió a Duarte trasladarse a Venezuela al frente de una misión diplomática con el fin de obtener ayuda. Él no estaba dispuesto a aceptar la encomienda, porque su interés era participar en la lucha en el interior del país. Pero, a pocos días se recibió un artículo publicado en el Diario de la Marina, de La Habana, firmado por G. (que pudo ser el escritor Manuel de Jesús Galván, el principal portavoz dominicano del régimen español en Santo Domingo), que pronosticaba luchas intestinas de los restauradores por el mando a causa del retorno

de Duarte. Para que no se pudiera pensar que estaba animado por ambiciones personales, Duarte le comunicó a Espailat que aceptaba la designación, aunque durante unos días albergó la esperanza de permanecer en el interior del país. Espailat, sin embargo, ratificó a Duarte la designación, aunque le señaló que no debía quedarse con la impresión de que la intriga de G. había tenido efecto.

De nuevo en Venezuela, se le hizo imposible obtener respaldo para la lucha dominicana. La Restauración fue una epopeya que tuvo que librar el pueblo dominicano sin contar con apoyo externo alguno, sino gracias al sacrificio tremendo de los agricultores pobres, que entregaban el grueso de sus cosechas para la compra de armas a través de Haití.



La Restauración de 1863: gesta del pueblo.

Duarte seguía con atención la evolución del país, como se muestra en la activa correspondencia que tuvo durante esos meses, aunque renunció a la representación diplomática a raíz del derrocamiento del presidente Gaspar Polanco, quien le había librado las credenciales. Le preocupaba sobre todo la recomposición del anexionismo, esta vez a favor de Estados Unidos, que promovía principalmente Buenaventura Báez. Por eso señaló en carta a Félix María Delmonte:

Si después de veinte años de ausencia he vuelto espontáneamente a mi Patria a protestar con las armas en la mano contra la anexión a España llevada a cabo a despecho del voto nacional por la superchería de ese bando traidor y parricida, no es de esperarse que yo deje de protestar (y conmigo todo buen dominicano) cual protesto y protestaré siempre, no digo tan sólo contra la anexión de mi Patria a los Estados Unidos, sino a cualquiera otra potencia de la tierra, y al mismo tiempo contra cualquier tratado que tienda a menos cabar en lo más mínimo nuestra Independencia Nacional [...].

Desde fines del mismo 1865, la política dominicana se apartó de los objetivos patrióticos enunciados en la Restauración. La mayor parte de los caudi-

llos surgidos de esa guerra se orientaron a posturas anárquicas y conservadoras. Duarte debió aquilatar la pobreza del liderazgo político, pues refiere en otra carta a Delmonte el 2 de mayo de ese año:

Tú dices (y es cierto) que Benigno Rojas no es sino yanqui, y Báez que no es sino haitiano-galo-español, y Lavastida y Alfaus y Manueles son yanquis; Báez dizque dice que Bobadilla no es sino Pandora, Melitón es todo, menos dominicano, dice José Portes que se halla en Saint-Thomas, y añade a esto que siendo senador, para que se callara la boca cuando la Anexión, Santana le regaló una casa. ¡Pobre patria! Si éstos son los consultores, ¿qué será lo consultado?



Buenaventura Báez

De seguro experimentó un nuevo desengaño cuando vio que el viejo anexionista Buenaventura Báez, el artífice del Plan Levasseur de 1843, era elevado a la presidencia, nada menos que traído por el entonces presidente José María Cabral, adalid de la Restauración en el sur. A partir de entonces, aunque no abandonó Caracas, se

De seguro experimentó un nuevo desengaño cuando vio que el viejo anexionista Buenaventura Báez, el artífice del Plan Levasseur de 1843, era elevado a la presidencia, nada menos que traído por

Ignacio María
González

desvinculó de la política dominicana. El país entró en una vorágine de pasiones entre jefes y en un difícil trance en que se aprobó la anexión a Estados Unidos en 1870. Prácticamente, todo el mundo se olvidó de Duarte; ocasionalmente recibía la visita o correspondencia de intelectuales liberales interesados en la reconstrucción de los hechos que llevaron al nacimiento de la República.

Hubo que esperar la decadencia del anexionismo baecista, a fines de 1873, con la instalación del gobierno de Ignacio María González para que se iniciara la revalorización de Duarte, aunque todavía en un grado muy tenue. Los promotores de esta obra de reparación contra el olvido fueron sobre todo José Gabriel García, Emiliano Tejera, Federico Henríquez Carvajal y Fernando Arturo de Meriño. Al afianzarse progresivamente la posición de los liberales, se crearon las condiciones para que se desechara el mito que acordaba la gloria de la independencia a Santana y desconocía la obra de Duarte. En especial las investigaciones históricas de José Gabriel García pusieron en claro lo que verdaderamente había acontecido en 1844.

Duarte llevaba una vida de una pobreza increíble cuando recibió una epístola del presidente González que lo invitaba a reintegrarse al país. Le quedaban pocos días de vida, y ni siquiera sintió la curiosidad de leer la carta, por lo que su sobre quedó cerrado cuando expiró el 16 de julio de 1876.

BIBLIOGRAFÍA

Duarte, Rosa. *Apuntes para la historia de la isla de Santo Domingo y para la biografía del general dominicano Juan Pablo Duarte y Díez*. Santo Domingo, 1994.

García, José Gabriel. *Compendio de la historia de Santo Domingo*. 4 Vols. Santo Domingo, 1968.

Rasgos biográficos de dominicanos célebres. Santo Domingo, 1971.

García Lluberés, Alcides. *Duarte y otros temas*. Santo Domingo, 1971.

García Lluberés, Leónidas. *Crítica histórica*. Santo Domingo, 1964.

Martínez, Rufino. *Diccionario biográfico-histórico dominicano*. Santo Domingo, 1997.

Tena Reyes, Jorge (ed). *Duarte en la historiografía dominicana*. Santo Domingo, 1994.

Fuente

Reproducido con la anuencia del autor y de la Alfa & Omega. Colección Biografías Dominicana, Tobogán, 1999. Santo Domingo.



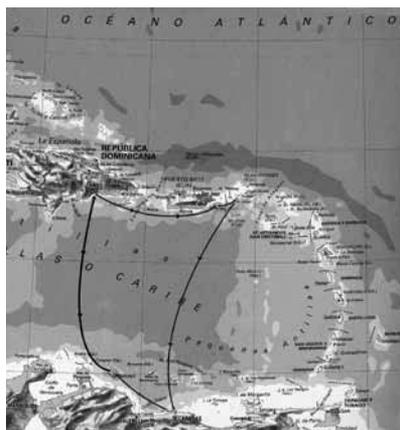
DUARTE Y LA LUCHA DE CLASES

Juan Bosch y Gaviño*

El 26 de enero de 1844, al cumplir 31 años, Juan Pablo Duarte estaba en Curazao, adonde había llegado en diciembre de 1843 procedente de Venezuela. Allí iba a recibir, unas semanas después de su cumpleaños, la noticia de que el 27 de febrero había quedado establecida la República Dominicana y la invitación de sus compañeros de La Trinitaria para que fuera a dirigir los destinos del país. Lo que no supo entonces Duarte era que en ese momento algunos representantes del sector de los hateros -o dueños de ganado- estaban trabajando para colocar en el liderato del nuevo país a Pedro Santana, designado general de la República por aclamación promovida a insinuaciones de Bobadilla por Juan Esteban Aybar y Merced Marcano, según refiere José Gabriel García en su *“Compendio de la Historia de Santo Domingo”* (4^{ta}. Edición, Publicaciones Ahora, Santo Domingo, Tomo II, págs. 227-8).

* Escritor y político dominicano. Siendo presidente de la República fue derrocado por sus ideas avanzadas.

Así pues, antes de que Duarte saliera de Curazao hacia Santo Domingo había comenzado a la luz pública la lucha por el poder en nuestro país. Por qué a la luz pública? Porque esa lucha estaba en progreso desde el año anterior, pero se mantenía oculta. Uno de los episodios de lo que podríamos llamar la lucha oculta había sido la expulsión de Duarte. El líder de La Trinitaria fue sacado del país



por las autoridades haitianas debido a que éstas habían recibido denuncias de sus trabajos políticos, y de acuerdo con la tradición las denuncias fueron hechas por uno de los conspiradores anti-haitianos que pertenecía al grupo de los hateros.

Jean Pierre Boyer había renunciado a la presidencia de Haití el 13 de marzo de 1843, forzado por la llamada revolución de La Reforma. Entonces lo que hoy es la República Dominicana era parte de Haití. La revolución de La Reforma fue un movimiento organizado y dirigido por la pequeña burguesía haitiana, que en esa oportunidad tuvo de aliada a la pequeña burguesía dominicana. Ahora bien, los reformistas de Haití negociaron el respaldo de los trinitarios dominicanos, pero no sabían que éstos se proponían separar la antigua parte española de

la isla; y tan pronto como el gobierno reformista de Charles Herard lo supo, empezó la persecución de los trinitarios. Por su parte, los hateros dominicanos habían tomado posición frente al nuevo gobierno haitiano, movimiento que se produjo impulsado por la naturaleza social de ese nuevo gobierno de Haití, que era opuesta a la naturaleza social de los hateros.

Fue así como vino a suceder que a mediados de 1843 los hateros y los pequeños burgueses trinitarios se hallaron en un mismo campo político; ambos tenían como enemigo al gobierno haitiano y en consecuencia ambos necesitaban unirse.

Duarte había entrado en contacto con los anti-haitianos del sector hatero desde mediados de 1843, con lo cual había establecido la alianza de la pequeña burguesía trinitaria en los grandes propietarios, entre los que se hallaban tanto Juan Esteban Aybar y Merced Marcano como el que después sería el general Pedro Santana. Esa Alianza era absolutamente necesaria para llevar a cabo las tareas de la Separación. Pero por el hecho de su existencia, esa alianza determinaba una lucha entre lo que era los intereses y las ideas de la pequeña burguesía y los intereses y las ideas de los hateros; una lucha por el poder político que sería establecido para gobernar la República; una lucha determinada por la respuesta a esta pregunta: A quienes va a favorecer el gobierno del país, cuando éste sea libre? A los grandes propietarios o los llamados filorios, esos empleaditos como

Pedro Alejandrino Pina o esos insolventes como Juan Isidro Pérez y Jacinto de la Concha?

La lucha comenzó de manera oculta y se manifestó públicamente tan pronto se produjo la acción del 27 de Febrero. A partir del primer momento, Duarte fue la víctima de los golpes que daba el sector hatero porque el joven líder de La Trinitaria era la representación de la pequeña burguesía nacional, y era por tanto la encarnación de los intereses y las aspiraciones de esa capa, opuestos a los del grupo de los hateros. La patética historia del Padre de la Patria, que a partir de su primer exilio va a tener, hasta su muerte, una existencia, se halla impulsada por ese hecho; porque él era el jefe nato, y el representante y la encarnación de una capa social que en ese momento de nuestra historia era la más avanzada en el orden político. Golpeando a Juan Pablo Duarte, los hateros golpeaban a toda la pequeña burguesía progresista del país.

Hasta el momento en que se aliaron trinitarios y hateros, las luchas por el poder se extendían a toda la isla, porque la alianza se llevó a cabo para luchar contra los haitianos. A partir de ese momento, trinitarios y hateros comenzarían a luchar por el poder dentro de los límites de lo que iba a ser la República Dominicana.

Dentro de la lucha en el frente más amplio -la de la separación de Haití- empezó a librarse otra particular, la de los dos sectores de la sociedad dominicana.

Trinitarios y hateros se unieron para separar el país de Haití, y a la vez comenzaron a luchar por el control político que se formaría cuando se produjera la separación . Ahí tenemos un ejemplo dominicano de lo que en estos tiempos ha sido definido con los términos de “alianza y lucha a la vez”.

El primer resultado de esa lucha fue la expulsión de Duarte, que tuvo lugar mientras se llevaba adelante la conspiración anti-haitiana. Con Duarte en el exilio, el grupo hatero avanzó hasta tomar la dirección del movimiento, y eso es lo que explica que el autor de la Manifestación de la Independencia, el documento llamado a justificar ante el país y ante el mundo la creación de la República Dominicana, fuera Tomás Bobadilla, la cabeza pensante del sector de los hateros. Así pues, antes de nacer la República ya los hateros dirigían el movimiento separatista, e inmediatamente después – el día 28 de febrero-, el mismo Tomás Bobadilla pasaba a presidir la primera junta gubernativa.

A los ciento cincuenta y ocho años del nacimiento de Juan Pablo Duarte podemos ver con claridad que lo que determinó el curso de su vida fue la lucha de clases en que se vió envuelto debido a que se había convertido en el representante, el jefe y la encarnación de su capa social, la pequeña burguesía nacional, que había llegado a ser, para el año 1843, el grupo políticamente más avanzado del pueblo dominicano.

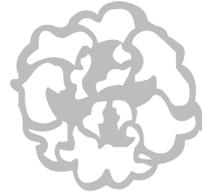
26 de enero de 1971.

Fuente

Artículo proporcionado por Don Tomás Castro Burdíz. Miembro del Instituto Duarteño. Fue publicado en la obra "Temas Históricas", Tomo I, primera edición, 1991. Editora Alfa & Omega, Santo Domingo.



Juan Pablo Duarte, grabado por Abelardo Rodríguez Urdaneta.



RELATO DE UN “TESTIGO”

Ramón E. Colombo*

El 27 de Febrero de 1844 había un ‘runrun’ en toda la Capital la gente esperaba “algo grueso”.

Esta crónica testimonial de los hechos está basada en una entrevista con el historiador Pedro Troncoso Sánchez y en recuerdos que se han transmitido de boca en boca. Algunos fueron cazados en las calles, como si fueran mariposas.

Mi nombre no importa. Lo importante es lo que ocurrió aquella noche. A mis años (¡tantos años!), la recuerdo como si hubiera sido ayer. Pero aquella noche, desde las diez en punto hasta el amanecer, sucedieron ¡tantas cosas!, unas sobre otras, a montones, que es imposible olvidarla. Pocas personas en intramuros sabían con certeza lo que iba a suceder, lo que tenía que suceder; aunque toda la gente (éramos ocho mil apenas,

* Periodista, fundador en República Dominicana del Nuevo Periodismo.

en una ciudad empobrecida que llegaba hasta lo que es hoy la calle 19 de Marzo) presentía igual que yo, que aquellos jovencitos, Francisco del Rosario (que tenía 26 años) y Matías Ramón (con 27) iban a hacer lo que todo el mundo sabía que era inevitable, fuera hoy, mañana o pasado: la Separación.

Cualquiera que hubiera dicho (y así se llegó a decir) que aquello “era una cosa de locos”. Pero no. Fue una hermosa obra de inteligencia, imaginación y valentía: yo lo sé porque estuve presente aquella noche en la Puerta Grande o de la Misericordia (así se le empezó a llamar desde dos años antes, cuando la gente empezó a ir al lugar a pedirle misericordia a Dios, para que no hubiera otro temblor de tierra, como aquel que hizo tanto daño) y en el Baluarte del Conde. Yo lo vi todo, y ahora les voy a contar lo que hicieron los febreristas la noche del 27...

Desde hacía semanas o meses la pequeña ciudad (¡cómo ha crecido!) hervía en rumores: que Sánchez había caído preso (pero esto no era cierto, porque él estaba bien escondido); que iban a mandar tropas selectas de Puerto Príncipe para reforzar la guarnición (tampoco era cierto, porque la situación política en Haití no lo permitía); que algunos enemigos de la Independencia se habían infiltrado en La Trinitaria, para “torpedear” el movimiento (eso era prácticamente imposible, por la perfección organizativa de los patriotas); que esto, que lo otro...

Nada podía detener la lucha

Pero la verdad –eso lo supimos todos después– era que en el movimiento las cosas habían marchado como estaba previsto, con algunos pequeños incidentes que de ninguna manera podían alterar el curso de los acontecimientos. Éstos habían cobrado mayor fuerza desde septiembre, cuando fueron puestos en libertad, en Puerto Príncipe, Ramón Matías Mella y otros patriotas, encarcelados meses antes como parte de una intensa campaña represiva ordenada por el presidente Riviére, en un vano intento por detener la ola conspirativa que se había extendido por todo el país, ganando la simpatía de gentes de todas las clases.

Nada podía detener la lucha por la separación. Eso lo comentábamos por lo bajo, y a veces abiertamente, los que vivíamos en la ciudad, principalmente la gente de Santa Bárbara y La Atarazana, barrios separatistas “calientes”, como se dice ahora (la casa de Juan José Duarte y Manuelita Díez, los padres de Juan Pablo Duarte, quien había salido al autoexilio hacia Venezuela, quedaba por allí).

Pero antes de que lleguemos a aquella noche (que es de lo que les quiero hablar) bien valdría la pena que sepan que en septiembre del 43 (no recuerdo bien la fecha exacta) se dio uno de los hechos más geniales de la conspiración.

¡Ah!, ahora recuerdo que fue el día 9 cuando en Puerto Príncipe se levantó en armas un coronel de apellido Dalzon, inconforme por los desaciertos de Rivière... Pero el asunto fracasó, gracias en gran parte a la actitud de los regimientos 31 y 32. Estos regimientos estaban formados por dominicanos, y a ellos había pertenecido el capitán José Joaquín Puello (¿Quién podía saber que este muchacho era adepto a la causa?), y se mantuvieron fieles al gobierno.

Después del fracasado complot, un grupo de diputados dominicanos, encabezados por Buenaventura Báez (justo es reconocerle este mérito, a pesar de todas las barbaridades que hizo después), le pidieron a Rivière que premiara a esos dominicanos “regresándolos a Santo Domingo”, que era lo que ellos más deseaban. (¡Claro, si eran parte de la conspiración!)... Y Rivière, como se dice ahora, “cayó en el gancho” y ordenó que fueran trasladados a la capital de la parte Oriental, donde habían pocas tropas haitianas, que eran comandadas por oficiales viejos y “mansos” (como decíamos entonces), empezando por el gobernador militar Etienne Desgrottes, que en el fondo no era un tipo malo.

El regreso de esos dos regimientos -eso me lo dijeron aquella noche en El Conde, mientras esperábamos que amaneciera-propició, desde el punto de vista militar, que se acelerara la conspiración para tomar los cuarteles de la plaza y declarar a Santo Domingo “territorio libre” (como se dice hoy).

O sea, que esos muchachos (sobre todo Sánchez, Mella, Pina y Juan Isidro Pérez) aseguraron así de antemano el triunfo, porque díganme, ¿qué dominicano, por más guardia que fuera, se iba a atrever a combatir contra los independentistas? Quiere decir que los conspiradores le hicieron “coca” a los haitianos, con su propio Ejército.

Todo estaba listo



Puerta de la Misericordia.

Así, pues, que cuando amaneció el día 27, las condiciones estaban dadas -tanto en lo “objetivo”, como en lo “subjetivo”, ¿verdad?- para que “reventara la bomba”: Haití política y militarmente dividido y debilitado; el Ejército ocupante infiltrado hasta la médula; la organización política de los conspiradores extendida

por todo el territorio y “aceitada” por sus jefes que, salvo algunas excepciones, se movían ya abiertamente; la situación económica bastante crítica, con tantos impuestos de los haitianos; la gente tirada a la calle, hablando hasta de los colores de la bandera (no se puede precisar qué mujer fue que la hizo, porque había banderas por todos lados); los patriotas con

más “jierros” que en Santiago gente y... bueno: todo. Este país ya no aguantaba más.

Desde la mañana había crecido un “run run” que recorría todo intramuros, desde Santa Bárbara hasta los “bati-portes” del farallón, donde vivían en bohíos de yagua los más pobres, que les llamaban “guatipotes”; desde el “Navarijo” (Conde con 19 de Marzo, donde había una bodega de españoles) hasta la Puerta de San Diego. El rumor de que “parece que va a haber algo grueso” crecía con el entra y sale de gente de ciertas casas “quemadas”; con la inusitada asistencia de compradores al mercado público de la Isabel la Católica que entonces se llamaba Santa Bárbara (donde está hoy el museo de Telecomunicaciones), aunque no era día de pago (era martes); con los secretos en la plaza de armas (parque Colón) y con aquello de que la gente empezó a recluirse desde las cinco de la tarde.

Con la primanoche arreció un poco la brisa del invierno (hacía más frío que en estos tiempos, porque la ciudad tenía más árboles y estaba rodeada de montes) y en las calles sólo se veía a hombres y mujeres que caminaban presurosos, casi “untados” de las paredes, y entraban y salían de los zaguanes con paquetes bajo el brazo. Inclusive, se veía a gente que vivía en extramuros, en San Carlos y en Pajarito, del otro lado del río (hoy Villa Duarte), donde había muchos “subversivos”.

El comando de Mella

Por eso, aquella noche me puse a acechar por una rendija lo que estaba sucediendo, especialmente desde las nueve de la noche, que noté que empezaban a juntarse en las esquinas grupitos de tres y cuatro y a juntarse con otros grupitos y a dirigirse hacia la Puerta Grande y al Baluarte de El Conde, como quien no quiere la cosa.

Al poco rato, poco antes de las diez, en la Puerta Grande se había juntado un grupete de gente, con Matías Ramón Mella al frente.

Entonces fue cuando caí en cuenta, y empecé a emocionarme y les dije a mi mujer y a mis hijos “voy pa’llá también”, y me uní al grupo...

El “comité” de Mella (mas bien era un “comando”) era muy numeroso (después supe que era el más grande) y en él, para mi sorpresa, encontré a muchísima gente que yo ni me imaginaba...

Mella era un muchacho recio, fuerte, por haberse criado prácticamente en el campo, trajinando, viajando, haciendo negocios con madera, y tenía una voz grave. Era, después de todos los sustos y clandestinidades que había vivido; después de tantas persecuciones y trajines, un hombre medio nervioso, inquieto, pero al mismo tiempo firme cuando hablaba e instruía a su gente.

Cuando lo vi aquella noche, parado a un lado de la Puerta Grande, estaba como se dice, “llevándose el diablo” porque algunos -esto siempre ha sido una enfermedad de los dominicanos- no habían llegado puntualmente a la cita. Y eso era muy importante, como importantes eran el factor sorpresa y la coordinación.

Se le notaba visiblemente alterado -dicen que para darse todavía más valor, se había “calentado” con un par de vasos de vino- por la tardanza de los que faltaban. Muchos empezábamos a sospechar que aquellos se habían “mandado”. Porque no es lo mismo decir “yo soy”, que decir “yo hago y aquí estoy”.



El “trabucazo” de Mella.

A pesar del frío, Ramoncito Mella sudaba copiosamente y veía a la cara, uno por uno, a todos los presentes. La emoción crecía minuto a minuto, como si fuera una caldera acumulando vapor...

Y, ¡a las diez de la noche!, minutos más, minutos menos, ya Mella no aguantó más ni quiso esperar más ni arriesgarse más a que nos sorprendieran “asando batata”: levantó el trabuco naranjero que empuñaba en la derecha y disparó hacia arriba, rumbo hacia lo que es hoy el Malecón, un “cañonazo” que retumbó en toda la ciudad, al mismo tiempo que se le oía decir, sudado, con los ojos encendidos, las venas del cuello hinchadas de tanta presión y los dos brazos en alto (con el trabuco como una extensión de su diestra): “¡Ya la suerte está echada! ¡Hay que jugar el todo por el todo! ¡Marchemos al Conde!”.

Y no hubo más que hablar... Con Mella al frente empezamos a caminar, pegados a la muralla (que rodeaba a la ciudad, empezando en Santa Bárbara y terminando en lo que es hoy el “Obelisco hembra”, donde están todavía dos viejos cañones apuntando al mar), rumbo a la puerta de El Conde, donde había más gente. Unos quince o veinte hombres tenían trabucos (que entonces eran lo que es hoy una pistola 45. Al que le daban no lo salvaba nadie); otros llevaban sables, machetes, cuchillos y hasta garrotes (sobre todo los que vivían en los guatipotes). Por la empuñadura de mi machete chorreaba sudor, igual que por todo mi cuerpo. íbamos a paso firme y rápido y todos queríamos llegar primero que los demás...

En el Conde

Llegamos a la Puerta del Conde, donde nos esperaban no sé cuántos hombres y mujeres, pero eran bastantes. Hubo lágrimas de emoción cuando nos juntamos y empezamos a abrazarnos y a reconocernos los amigos, ahora como patriotas, como hermanos, como compañeros de lucha, como seres revitalizados por la esperanza de la libertad y la decisión de luchar por ella contra el Poder, no importara lo poderoso que fuera.

“¡Viva la Separación!”, se gritaba constantemente a pulmón abierto; no se oía la vieja consigna “Igualdad, Libertad, Fraternidad”, que sintetizaba el ideario de la Revolución Francesa, fuente inspiradora del liberalismo independentista en toda América, pero que (no hay que dejar de señalarlo) había ya empezado a perder su esencia, con la toma del poder, en los nuevos Estados (y Haití era una muestra) de las nuevas clases privilegiadas y pandillas de militares aventureros y déspotas.

Recuerdo bien (¡qué noche, aquella!) que después de los abrazos de aquel encuentro, empezamos a preguntarnos unos a otros: “¿Dónde está Francisco?...” “¿A qué hora llegará Francisco del Rosario Sánchez?”. Ese muchacho que, en ausencia de Duarte, y junto con Mella, había mantenido la organización intacta; había neutralizado a los disidentes de Tomás Bobadilla, hasta hacer que se incorpora-

ran a La Trinitaria; había dispuesto todo el sistema logístico clandestino para la guerra popular...

Con nuestra llegada al Conde, la pequeña guarnición del lugar se rindió sin disparar un tiro. ¡Claro!, Martín Girón, el teniente dominicano jefe de la tropa, era de los conjurados. Todo estaba listo para...

“¡Por ahí viene Sánchez!”, grito alguien, interrumpiendo el murmullo de la espera, mientras se acercaba por la calle El Conde, a paso rápido, aquel joven con un grupo de sus hombres de mayor confianza.

El clamor independentista se multiplicó, con mayor emoción aún, mientras lo que era ya una mediana multitud de hombres y mujeres rodeaba al importante miembro del “comité central” de la conspiración, al que muchos daban por muerto y se resistían a creer esta “resurrección”.

Sánchez estaba al borde de las lágrimas y su rostro mulato y delgado (ligeramente palidecido por los sacrificios que le impuso la clandestinidad absoluta en que había vivido durante largos meses) mostraba una sonrisa abierta, grande, luminosa, casi infantil...

Debo confesarles, con cierta pena, que fue esta noche cuando pude aquilatar el gran sentimiento patriótico de estos hombres, sensibles y llenos de los más herniosos ideales, pero a la vez prácticos en las decisiones; firmes en cada uno de sus pasos; profundamente convencidos de cada una de las razones

que motivaban sus acciones; realistas en el peligro, pero audaces; imaginativos y temerarios, pero nunca irresponsables en la temeridad de sus actos.

Eso se percibía en aquellos momentos en que, después del clamoroso saludo a Sánchez, éste dispuso una conferencia con Mella, Tomas Bobadilla (ni siquiera imaginábamos aquella noche la malignidad de este hombre y los espurios intereses de clase que representaba), José Joaquín Puello, Manuel Jimenes, Remigio del Castillo y Vicente Celestino Duarte.

Allí mismo, sin perder ni un minuto, quedó integrada la primera Junta Gubernativa del país, que nacía con la arenga del propio Sánchez, quien levanto la voz a lo más alto (juraría que pudo haberse oído hasta en Navarizo) y gritó: “¡Separación, Dios, Patria y Libertad! ¡Viva la República Dominicana!”. Sonó el primer toque de diana a la Bandera, que ya se levantaba.

El ¡Viva! inicial a la República Dominicana (¡República Dominicana!), lanzado por aquella multitud, señores, pudo haberse oído todavía más lejos (se me erizan los pelos al recordarlo)... Hasta la Fortaleza Ozama, donde Etienne Desgrottes y sus hombres empezaban a temblar. Porque la guerra independentista había comenzado formalmente (¡Caramba!, ¡y yo nunca le había puesto la mano a un fusil!).

Seguía llegando más gente. No bien Sánchez proclamó la República (¡ya éramos República!),

fueron abiertas las puertas del Baluarte, para que entraran los hombres de San Carlos, el pequeño pueblito que quedaba a un kilómetro de allí, famoso en todo el territorio por el gofio que hacían sus habitantes. Con los de San Carlos venían Juan Pina y Eduardo Abreu, que estaban locos de la emoción. Y empezaron a llegar de otros lugares de extramuros, Haina y San Cristóbal, sobre todo.

El primer tiro

En aquellos momentos, no sé cómo, empecé a preguntarme por qué no había sonado el primer tiro, ¿qué pasaba con los haitianos?, ¿será todo tan fácil?

Todo eso tendría sus respuestas minutos después, aunque yo empezaba a darme cuenta de que “todo estaba bajo control”: Allí estaba nada menos que el ex capitán (del Ejército haitiano y ahora de la República) José Joaquín Puello, cuyos hombres (los de los regimientos 31 y 32) desertaron en cuanto escucharon el lejano coro de la multitud, dejando solo a Desgrottes con sus viejos oficiales y un puñado de soldados temerosos.



A pesar de eso, en cuanto entraron los hombres de San Carlos fue abierto el polvorín del Baluarte y se emplazaron

tres cañones hacia adentro, apuntando uno hacia El Conde, otro hacia la curva de lo que es hoy la avenida Mella (Ramoncito no hubiera creído, y quizás no lo hubiera aceptado, que después le íbamos a poner su nombre a una calle), y el tercero hacia abajo, hacia el Malecón.

Habíamos entrado ya en acción...

Partieron los primeros centinelas hacia puestos de avanzada y, antes de irse llenaban sus pupilas con la bandera que flotaba arriba. Era la bandera azul de los haitianos, pero con una gran cruz blanca a todo lo largo y lo ancho (que según me explicó uno de los trinitarios tenía un doble significado, por su contenido cristiano, como por el hecho de que los haitianos habían borrado el blanco, en signo discriminador, y ahora se trataba de que en nuestra República no hubiera ningún tipo de discriminaciones).

Ya organizados todos (hasta la vieja María Trinidad, tía de Francisco, que cargaba pólvora y armas con su falda) fue que me di cuenta de que aquella "multitud" estaba compuesta por 130 personas, 127 de todos los grupos de la Capital, más tres hombres que había mandado Santana desde El Seibo, para que vieran "si era verdad que la cosa iba en serio" (al parecer, era un hombre "muy chivo" que no caía "en gancho").

Los haitianos estaban acuartelados (habíamos oído el toque de corneta que los concentraba) y no tuvimos que esperar mucho tiempo para verlos, ahora de frente... Directamente por El Conde bajó, con un grupito de soldados, Deo Herard, hijo del presidente de Haití, y ¡cuan grande no sería su sorpresa cuando le dieron el “quién vive” y después lo saludaron con la primera tanda de tiros!

No hubo bajas en el primer combate. Los haitianos se replegaron de inmediato por el mismo lugar por donde vinieron.

¡Cada tiro retumbaba en el corazón de cada uno de nosotros! Y, sépanlo, se me fue completamente el temor a la muerte y empezó a gustarme este nuevo olor a pólvora. Creo que eso mismo les pasó a todos porque nos quedamos con el gusto de seguir tirando. Pero no había enemigos al frente.

Hubo momentos de risa, como cuando tuvimos que arrancar toda la yerba de los alrededores para atacar los cañones, porque no encontramos estopa en el cuartel (así funcionaba esta parte del Ejército haitiano), o cuando sorprendimos, quince minutos después de la primera escaramuza, a un compatriota pegado al fusil, pecho a tierra, con los ojos cerrados y apuntando hacia el cielo, como si estuviera esperando el próximo disparo...

Engañados como niños

La inteligencia de estos muchachos y su sentido de la imaginación en las tácticas militares no tuvieron límites aquella noche. Puedo decir (ahora que recuerdo todo esto, hasta me río) que los militares haitianos con todas sus charreteras y sus uniformes; con toda su academia de Saint Cyr y su experiencia en el combate, fueron engañados como niños.

Para hacerles creer que estos 130 hombres y mujeres eran 130 mil (cinco mil más que los que tenía la “República”, que se había despoblado desde la firma del Tratado de Basilea y luego, masivamente, con la invasión del 22) recurrimos a muchísimas argucias psicológicas, como diríamos hoy.

A mí, por ejemplo, me tocó situarme por el barrio de San Miguel, con un redoblante y la orden de no dejar de tocarlo hasta nuevo aviso (¡Yo, que nunca en mi vida había tocado ni siquiera la puerta!). Y mandaron a otros, con redoblantes, a distintos puntos de la ciudad, a hacer lo mismo. De tal manera que los haitianos creyeran que teníamos gente, mucha gente, por todas partes.

Otra de las genialidades de la noche, ya como a eso de las dos de la madrugada, la hizo Juan Alejandro Acosta, quien tomó la Puerta de San Diego, allá en el muelle (aquí hubo un muerto cuyo nombre nunca se supo, por todo el ajetreo) y se hizo cargo de la barca que cruzaba a Pajarito

Fíjense: La barca venía llena, desde Pajarito, y volvía “vacía”. Iba y volvía, iba y volvía, iba y volvía constantemente, siempre llena de gente de allá para acá, y “vacía” de aquí para allá... Pero sucedía que sus ocupantes se acostaban en el piso cuando cruzaba a Pajarito y venían parados, de regreso. Conclusión: los haitianos creyeron que Pajarito entero se estaba vaciando sobre esta parte de la ciudad.

La confusión de los haitianos fue aprovechada oportunamente por nosotros, que convencimos al cónsul francés, Juchereau de Saint-Denys, para que fuera a convencer a Desgrottes de que entregara la plaza. Este parece que lo estaba esperando, pues en el acto accedió a la sugerencia de Saint Denys (“¡Comandante, esa gente está armada hasta los dientes y son como ochenta mil!”, le diría, seguramente) y sólo exigió a cambio que le permitieran abandonar el país sin problemas. Complacido: Desgrottes fue embarcado en una goleta, y ¡bon voyage!

No tengo ni siquiera que decir lo que aquello produjo en todo el pueblo, que se lanzó a las calles, emocionado hasta el colmo, a celebrar el primer gran triunfo de la República en armas. Salieron a las calles hasta las muchachas más bellas de la ciudad, entre ellas las hijas de los Pina y Prudencia Lluberes, la novia de Juan Pablo Duarte, a quien vería dentro de pocos días, porque la goleta Leonor saldría con el amanecer a buscarlo.

Bailes en las calles

Esa noche hubo bailes en las calles (polkas y mazurcas era lo que mas se bailaba); se bebió mucho vino y aguardiente del alambique de los Valverde, y cenamos casabe con chocolate, pan de trigo, jengibre, café con leche y hasta mangú, mientras llegaba el amanecer. (De haber habido entonces un periódico, seguro que habría vendido más de diez mil ejemplares, tirada récord).

Y la gente se preguntaba en las calles, entre otras cosas: “¿Y de dónde salieron los cuartos?”.

Buena pregunta, esa. Yo la investigué de inmediato, y para mi sorpresa descubrí que quienes financiaron, por lo menos en parte, nuestra Independencia, fueron los judíos... ¡La famosa casa Rotschild!

Pues resulta que los principales prestamistas de los conjurados eran Abraham Coën (que tenía su empresa “Coën y Rotschild”) y Juan Abril, quien vino en una emigración de judíos sefarditas, desde Curazao.

Coën era el propietario de la goleta Leonor, que prestó para que fueran a buscar a Duarte.

(Hay que reconocerles otro gran mérito: cuando Santana iba a condenar a muerte a Duarte, Sánchez y Mella, seis meses después, Coën y Abril se le plantaron en frente: “¿Usted está loco, para fusilar a esos

muchachos?”, y así lograron que la pena fuera al destierro, pero no a la muerte).

La reacción al bate

Pero también nacieron las primeras preocupaciones en la incipiente República Dominicana: la primera Junta Gubernativa había sido tomada por el ala más reaccionaria, entreguista y oportunista de la época. Tomás Bobadilla, que se incorporó al movimiento apenas en diciembre, cuando ya su grupo no tenía ningún argumento para sabotear la aspiración independentista, dominaba siete de los nueve puestos del gobierno, con sus hombres, que eran Cabral Bernal, Medrano Echavarría, Carlos Moreno, Félix Mercenario y José María Caminero. Ya lo veríamos después. Su primera víctima sería Francisco del Rosario Sánchez... Empezaba a corromperse la República, desde el mismo día de su nacimiento. Y este sería (¡quién lo hubiera supuesto aquella hermosa noche!) el primer sufrimiento de una larga cadena de oprobios, a cargo de una clase privilegiada compuesta por lobos que esta noche se vistieron con pieles de corderos. O, cómo los calificó Meriño, “son los vendimiadores” (que esperan que el pueblo haga la cosecha de las uvas, para ellos entonces emborracharse solos en la vendimia).

¿Qué les digo, para terminar?

Con los primeros rayos del Sol del día 28 de este febrero glorioso, salieron los emisarios de la República a preparar los pronunciamientos en todo el territorio... Llegarían, inevitablemente, las batallas del 19 y el 30 de Marzo; llegaría el tiempo de los grandes sacrificios de sangre; llegarían los días de las injusticias y la traición.

Para mis años (¡que son tantos y pesan tanto!) conservo el recuerdo de aquella noche, desde las diez en punto hasta el amanecer, con una emoción que sólo se repetiría, en estos 137 años, en muy pocos momentos del resto de mi vida: cuando se izó de nuevo nuestra Bandera, a raíz del triunfo de la gesta de la Restauración; cuando se levantó otra vez el lábaro patrio en la Fortaleza Ozama, aquel día de 1924 en que se fueron los yanquis; cuando el 28 de abril de 1965 el pueblo dominicano dijo ¡presente! contra los invasores.

...Y no sé cuántas jornadas tan gloriosas falten en lo que me queda.

Fuente

Reproducido con la anuencia del autor. Tomado de la versión del periódico El Sol. 27 de Febrero de 1991. Santo Domingo.



SAINT DENYS VERSUS DUARTE

Victor Garrido*

I

El héroe es el autor de hechos extraordinarios que la ética no repugna y el heroísmo puede manifestarse en acciones de naturaleza variada. Duarte no descolló como un paladín, retoño del belígero Marte. Tuvo en cambio una suprema vocación para el sacrificio, que es una modalidad del heroísmo. Hizo sin miedo el camino que lleva a la meta del martirio. Tuvo como deidad la patria y le ofrendó su vida como una corona de estrellas. Cuando sus amigos necesitaron un maestro, les aleccionó, como Sócrates, en la lealtad y la virtud. Cuando la patria demandó medios para su liberación, ofreció el patrimonio familiar heredado como cosa natural. Cuando la concordia, en los albores de la nacionalidad, reclamó una omisión desinteresada, se hurtó al mando para hundirse en

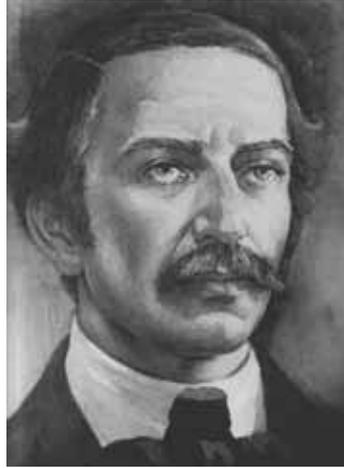
* Intelectual, abogado, historiador, educador y servidor público.

la oscuridad del destierro. Cuando el heroísmo de la República sembraba el territorio nacional de huesos de patriotas, apareció en Santiago para ofrecer su ancianidad augusta en holocausto a los dioses de la guerra. Cuando la insidia señaló su presencia como una posibilidad de desintegración de las filas restauradoras, volvió la espalda a su sueño de morir en paz en el seno de la patria y se perdió en la sombría soledad de un rincón extranjero. No tuvo el heroísmo estridente del capitán que ganó batallas. Tuvo el heroísmo de la renunciación a las cimas tempestuosas del poder para que prevaleciera la legalidad en el campo del derecho. Tuvo el heroísmo de la abnegación y el sacrificio, para no mancillar su virtud de patriota, cuando sus competidores arrastraban la majestad de la República en el polvo de sus ambiciones. La vida de Duarte es una sucesión de acontecimientos excepcionales. Se hizo una formación moral e intelectual para servir a la patria cuando apenas tocaba las lindes de la juventud, y renunció a los goces del amor y la riqueza para empeñarse en una lucha a muerte contra la dictadura que humillaba a su pueblo. Consumió su patrimonio para que la independencia nacional fuera una realidad. Soportó sin reproche el ostracismo sin término para no enlodarse en la política que sonrojó de vergüenza a la República, y se hizo olvidar para que su recuerdo no perturbase con su luz a los que andaban confundidos en tinieblas del error; pero cuando se puso en almoneda la túnica sagrada que vestía la República, él cayó en Guayubín, como un

fantasma en medio de la noche, para aterrorizar a los almonederos, con el rayo de la libertad.

II

Juan Pablo Duarte, el Padre de la República Dominicana, nació del español Juan Duarte y Rodríguez y de la nativa Manuela Díez y Jiménez, de ascendencia hispánica; pero su espíritu fué ánfora sellada de esencias dominicanas. Cuando un tosco capitán de navio le preguntó por su nacionalidad, él respondió sencillamente: dominicano. Cuando este hombre rudo, con matiz de civilizado, ultrajó la flor de su adolescencia, echándole en cara el infortunio que sufría su patria, él se impuso en silencio la portentosa empresa de darle independencia, para que nadie le negase su condición de dominicano. Cuando convocó a sus compañeros para formar La Trinitaria, decidieron fundar la República Dominicana. Cuando los oportunistas empezaron a sabotear la soberanía nacional, solicitando la ingerencia francesa a través del cónsul Eustache Juchereaux de Saint Denys, su dominicanismo, sin mezclas espurias, triunfó en sesión



Acuarela por Brian Woods, 1933. Colección Banco Central

memorable de la Junta Gubernativa. Su dominicanismo, de pureza diamantina, le hizo renunciar a la presidencia sin fundamento jurídico, que le ofrecían sus admiradores entusiastas. Su dominicanismo sin transigencias le arrojó a exilio perpetuo cuando los reaccionarios y descreídos resolvieron robarle por la fuerza su criatura. Su dominicanismo irrevocable le condenó a morir en miseria lastimosa por no ser hoguera de discordia entre sus compatriotas. En vísperas de su muerte, previendo eventuales conflictos externos en los cuales fuese imposible conservar la neutralidad, él reafirmaba su dominicanismo sin flaqueza ni ocaso exclamando: *por desesperada que sea la causa de mi patria, siempre será la causa del honor y siempre estaré dispuesto a honrar su enseña con mi sangre*. Su dominicanismo fué enterrado con su cuerpo; pero su claridad imperecedera quedó alumbrando en el ámbito de la república, como la luz de las estrellas desaparecidas en el espacio remoto. Es el dominicanismo del creador de la independencia nacional, cristalizado en la inmortalidad de los principios que nacieron en La Trinitaria, el que ha dado domingo de resurrección a la República cuántas veces los fariseos la llevaron al calvario. La dominicanidad es indivisible e impermeable. La ausencia de uno cualquiera de sus atributos le quita dignidad. Para representarla con grandeza hay qué tener lo puro y lo invulnerable de los ángeles. Duarte es uno de esos ángeles. Y contra ese ángel que siempre señoreó las excelsitudes sin mancha del patriotismo, se atrevió el dardo codicioso de Eusta-

che Juchereaux de Saint Denys, Cónsul de Francia. Contra ese dardo voy a interponer el escudo de la verdad.

III

Duarte regresó a la patria el 15 de marzo de 1844 del exilio a que le obligó la encarnizada persecución de la autoridad haitiana. Para esos momentos habían hecho ya marcado progreso las negociaciones de la Junta Central Gubernativa con el Cónsul de Francia, Eustache Juchereaux de Saint Denys. Las ideas proteccionistas sustentadas por el elemento conservador ganaban terreno a favor de la confusión creada por el golpe, para muchos inesperado, del 27 de febrero. Existía ya la Resolución de la Junta, del 8 de marzo, aconsejada por Saint Denys, quien prometió obtener el apoyo de su gobierno para un acuerdo con miras a un protectorado francés a nuestra naciente república. Ya Saint Denys había inclinado el peso de sus simpatías del lado del bravo hatero seibano, espada de los políticos reaccionarios, llamado por él con notoria fogosidad “el verdadero señor feudal del Seibo” y autor de “proezas caballerescas”, y de quien decía que al llegar a Santo Domingo le visitó para “ponerse a disposición de la Francia con todos aquellos que obedecían sus órdenes”. Santana le había “hablado con el más vivo entusiasmo de su devoción, de su vinculación y de su admiración por nosotros” (carta al Ministro Guizot del 13 de marzo 1844). Saint Denys se envanece de

que para los logros obtenidos hasta ese instante, a los cuales reconocía importancia, no tuvo “una sola vez necesidad de desplazarse”. (Carta al Ministro Guizot del 10 de marzo, 1844). Los saboteadores de la pureza trinitaria iban en su busca. La presencia de Duarte contuvo la velocidad con que marchaba el tren del protectorado. Si existió en los componentes de la Junta unidad favorable a las negociaciones que Saint Denys daba por terminadas en su carta del 10 de marzo, ella desapareció cuando el fundador de La Trinitaria y caudillo de la Revolución izó el pendón de la independencia y la soberanía sin mediatizaciones ni restricciones. Sánchez soltó las amarras que le había echado Bobadilla. Pedro Alejandrino Pina y Juan Isidro Pérez, devotos de su amigo y Jefe, emprendieron ruda ofensiva verbal contra los desertores de la soberanía absoluta. La temperatura política se hizo calcinante, el ambiente se huracanó y la situación tomó la densidad espesa que precede a las tempestades. Saint Denys, que hasta entonces transitaba por senda limpia de obstáculos, se sintió estorbado en sus propósitos por aquel joven “que recientemente se ha llamado de Curazao endonde estaba refugiado desde hace un año, para investirlo del grado elevado de General de División” (Carta al Ministro Guizot del 14 de mayo, 1844). Empezaba a calentarse la batalla entre liberales y conservadores, entre nacionalistas y afrancesados. Los primeros contaban con el amor indefenso del pueblo. Los segundos, con el General Santana, amo ya del Ejército del Sur, y con Saint Denys, quien podía amenazar

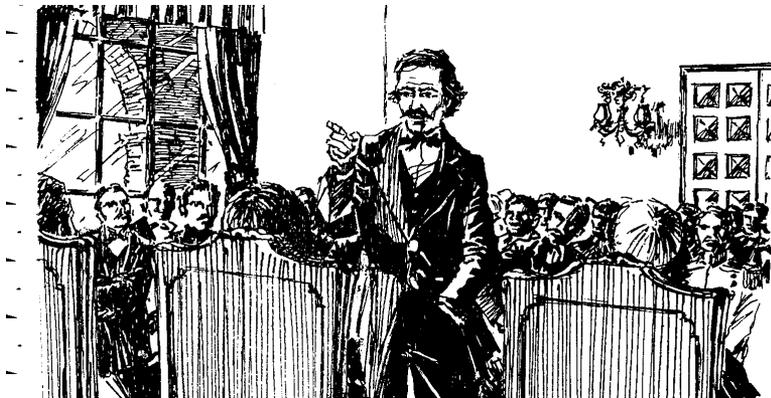
a su antojo con el poderío naval francés anclado en el puerto de Santo Domingo. En esa carta del 14 de mayo comienza Saint Denys a exteriorizar su disgusto contra Duarte. Le señala como “un joven sin mérito”, cabeza de “dos o tres alborotadores”. Ese joven sin mérito, seguido de sus adeptos, sin embargo, ha sido bastante fuerte para conseguir “con sus declamaciones y amenazas indirectas”, que sus colegas de la Junta se desvíen muchas veces “de los sabios principios” que siguieron religiosamente “en los comienzos de la revolución”. Estos desvíos que le hicieron a Saint Denys confesar a Guizot que la Junta no obraba con suficiente independencia y firmeza, es la mejor prueba de la poderosa influencia de Duarte en los acontecimientos en que se debatía la suerte de la alboreante república entre los que pugnaban por mantenerla libre de ingerencia extraña y los que sin fe en la dinámica histórica que crea las nacionalidades, se conformaban con desunirse del yugo haitiano para doblar la cerviz debajo de otro yugo. Saint Denys no se limita a calificar de alborotador al Padre de la Patria. Le imputa el designio de querer crear un partido simpatizante de Colombia, así como el de sublevar contra los franceses “las pasiones instintivamente odiosas de la clase negra”. Este sentimiento de amargura y desagrado se amortigua un poco pensando que “Santana le vigila de cerca” (a Duarte), que “La Junta le maneja sin temerle”, y que si sus amenazas se volvieran peligrosas podrán tomarse contra él “las medidas de vigilancia o de represión que la prudencia hicie-

re necesarias". El Cónsul de Francia, sutilmente, busca convertir a la Junta Gubernativa en adversaria de su vocal más eminente, despertando en sus miembros el sentimiento de la rivalidad, atizando las pasiones en acecho y engendrando el morbo de los intereses personales con la intención de dañar el interés superior de la patria en beneficio de sus planes sojuzgantes. Saint Denys desea tornar a Francia llevando sobre su pecho la condecoración de un protectorado. Es lógico en sus planes. El es francés. Quiere el engrandecimiento de Francia. Quiere la gloria de Francia. Los que no son lógicos ni patriotas ni nada son los dominicanos que quieren ser franceses.

IV

El Cónsul de Francia tenía deslindado su campo de acción y escogidos sus amigos. Su esfera de actividad es obtener para Francia un protectorado de la República Dominicana. Sus amigos son los que patrocinan su empresa. Sus enemigos, los que se oponen a ella. Su debilidad es Santana, el hombre fuerte que desde el primer instante le prometió su apoyo. Su enemigo es Duarte, el más caracterizado oponente a sus proyectos mediatizantes. El ayudará a Santana y sus amigos. El le halagará y aconsejará. El le hará dictador desde la presidencia de la Junta Central Gubernativa aconsejándole que no la derribe para que su autoridad sea acatada como la del gobernante legítimo. El contribuirá a endiosarlo. El

hostilizará a Duarte hasta el último momento. El 26 de mayo estalló la tormenta. Tomás Bobadilla, en memorable sesión de la Junta Central Gubernativa prestigiada por la concurrencia de elementos representativos de las clases civil, militar y eclesiástica, proclamó la necesidad de convenir con Francia el protectorado de la República como medio de salvaguardar su independencia. El nacionalismo radical del adalid de la Revolución Separatista se yergue valeroso para repudiar con energía los alegatos tendenciosos del proteico oportunista. Bobadilla es derrotado por Duarte, quien recibe el respaldo de la mayoría de los asistentes, en esta sesión pública; pero las ideas de Bobadilla no abandonan la arena de la lucha y en una atmósfera agitada, duartistas y afrancesados continúan disputándose la victoria. Saint Denys pinta a Guizot este estado de cosas en su carta del 24 de mayo. El considera que hay que imponerse “a las ambiciones desordenadas, al espíritu de insubordinación, a los alborotadores políticos”.



Dibujo por Gonzalo Briones.

Los ambiciosos, los insubordinados, los alborotadores, los favorecedores de un partido colombiano son los que contrarían sus planes. El “vigila” a esos “intrigantes”; él “los combate por mi influencia y por las ventajas de la posición que los acontecimientos me han hecho”, exclama envanecido. El recomienda a su gobierno que actúe con celeridad y, no obstante haber sido rechazada la propuesta de Bobadilla, él asegura que cuenta con “la mayoría de la Junta” y sobre todo “con el apoyo material de la armada y de sus jefes entre quienes los más influyentes son mis amigos y devotos de nuestros intereses”, y con lo que es más valioso aún para él; “con la palabra sagrada de los generales Pedro y Ramón Santana y con las lanzas de sus bravos seibanos”.

Los sucesos culminaron el 9 de junio con la batida que Duarte, con el concurso del General José Joaquín Puello, comandante militar de la Plaza de Santo Domingo, dió a los miembros de la Junta que en contubernio con Saint Denys confabulaban para subordinar la República al protectorado de Francia. Saint Denys dió asilo y protección a los enemigos de Duarte, ahora en fuga; pero no vencidos. Saint Denys, comentando estos hechos, expone al Ministro Guizot en carta del 10 de julio, que han podido efectuarse “con pleno éxito por el partido de Duarte y Puello que la debilidad de la Junta y sus concesiones han tornado cada día en más emprendedores y más audaces”. Duarte y Puello, en su opinión, eran mal vistos de la población y los notables y no tenían

otro apoyo que los oficiales que les rodeaban y un centenar de antiguos esclavos temerosos de perder su libertad. Los proceres Pedro A. Pina y Juan Isidro Pérez, reemplazantes de Bobadilla y de Caminero en la Junta, eran dos “hombres sin influencia y menospreciados del país”. Esta situación, que da preeminencia en la Junta a sus opositores, no es grata a Saint Denys y el Consulado de Francia se convierte en guarida de la conspiración reaccionaria. El mismo conspiraba. El anunciaba a su Ministro que “un contra-movimiento se prepara” y que el General Santana era esperado, de regreso de la frontera, para que restableciera “el orden y la confianza” en la ciudad. Su actitud conspiradora se evidencia cuando alardea de que solamente “se espera una palabra mía para reinvertir, a cualquier precio, un gobierno dirigido por semejantes hombres. Yo les exhorto a la paciencia y a la resignación hasta el retorno de Santana en quien todos los verdaderos amigos del país ponen hoy en día su esperanza”. Es obvio que en la ciudad no existía un estado de desorden, sino la inquietud característica de las situaciones políticas no estabilizadas, la cual recibía el estímulo disolvente de las propagandas y rumores de quienes hostilizaban por conveniencia a los representantes de la soberanía absoluta que se habían instalado en la Junta a favor del “pequeño 18 Brumario” del 9 de junio. Es claro, asimismo, que los “verdaderos amigos del país” quienes ponían su esperanza en Santana no eran otros que los que colaboraban con Saint Denys para atarnos a Francia.

Saint Denys, perturbado por los acontecimientos que le aguaban la fiesta trastornándole eventualmente sus proyectos, quiere decir todo lo que piensa, todo lo que siente, todo lo que pretende adivinar en el panorama político que le circunda. Arremete contra Puello quien *“ha puesto el país sobre un verdadero volcán de que solamente la mano de Francia “ha contenido hasta aquí la explosión”, y sin respeto alguno por aquel joven ilustre que todo lo ha sacrificado por la libertad de la patria, juzga a Duarte capaz de ser felón a Puello, su sostén militar, y a los principios políticos y morales normativos de su conducta patriótica, y no vacila en afirmar que “forzado por su aislamiento a apoyarse en este hombre, que teme sin poder dominarle, el General Duarte se halla hoy en día desbordado por él y ve con alguna inquietud el abismo que esta asociación interesada ha abierto bajo sus pies. Yo creo también no engañarme avanzando que él no vacilará en juntarse a los numerosos enemigos de Puello, desde que les crea lo bastante fuertes para sacrificarlo con impunidad. Envidioso de la popularidad y de los sucesos militares del General Santana, Duarte, herido en su amor propio por los desdenes de este antagonista temido, ha creído deber, por interés solamente, juntarse con el partido hostil a la Francia”*.

Duarte, espejo de desprendimiento y abnegación, hostil a Francia por interés! No estaba junto con los adversarios de Francia. Era el cabeza de ellos y no por interés personal, sino por patriótica previsión. Pero Saint Denys continúa expansionando su pluma viperina y en otra parte escribe que Duarte

“sin influencia, sin carácter y sin alcance de espíritu, este jefe dominicano me parece poco temible; sin embargo, es bastante intrigante para que sea deseable tenerlo por amigo mejor que como enemigo. Pleno de deferencias y miramientos para mí, no me será difícil, pienso yo, atraerlo enteramente hacia nosotros encareciéndole la vanidad, que es el móvil de todas sus acciones”. Para Puello, compañero de Duarte, no deseaba nada bueno. *“En todo tiempo enemigo de los blancos y hostil a Francia por prejuicios de casta”, “peligroso para la tranquilidad y el mantenimiento del orden”, considerado “capaz de cualquier exceso por alcanzar sus fines”, él le indicaba, como paso indispensable, para “ser alejado de los negocios y aún del país”.* La semilla cayó en surco ubérrimo. Duarte no fue atraído, sino desterrado, aunque a sus oponentes no faltó gana de matarlo. Puello fue atraído y luego fusilado. La siembra de Saint Denys fructificaba. El, con florentina destreza, sugería. La Junta presidida por Santana, que lo esperaba todo de él, obedecía sumisamente.

V

La Junta Central Gubernativa, después de los acontecimientos del 9 de junio, dió al General Duarte la misión de trasladarse al Cibao a pacificar el espíritu público y a estimular el proceso de ordenación de las funciones de gobierno. Duarte es recibido en triunfo en las poblaciones que visita en cumplimiento de su elevada investidura. El General Ramón Mella, con imprudente optimismo, le apun-

ta en Santiago como candidato presidencial para el futuro próximo; pero el ardor de las muchedumbres le proclama presidente de la República. Duarte vacila en adoptar una posición definida en este instante estelar de su carrera política, y la rebelión del 3 de julio en Azua, encabezada por el General Santana, quien diez días más tarde se apodera de Santo Domingo, pone la autoridad suprema del país en manos de los amigos de Saint Denys.

El Cónsul de Francia no omitió esfuerzo alguno para que esto sucediera. El indujo al General Sánchez, presidente de la Junta, a negociar con el General rebelde su entrada a Santo Domingo. *“No he vacilado en intervenir cerca de la Junta para predicar la concordia, la unión y el mantenimiento del orden; yo amenacé hasta con retirarme con mis nacionales si se persistía en recurrir a la fuerza para rechazar a Santana. Esta actitud mía ha hecho viva sensación en la villa y ha contribuido no poco a mover la Junta y al mismo General Puello a sentimientos más moderados y pacíficos”*, escribe al Ministro Guizot en carta del 10 de julio. Santana no hizo honor a las negociaciones convenidas con el General Sánchez. Tan pronto como se adueñó de la ciudad se apresuró a recomponer la Junta con sus parciales, a encarcelar al General Sánchez y otros proceres y a ordenar la prisión del General Duarte quien para esos días se hallaba en Puerto Plata. Todos estos sucesos infortunados, a los cuales no fue ajena la intervención parcial e interesada de Saint Denys, cristalizaron en la Resolución del 22 de agosto que arrojó a perpetuo

exilio al General Duarte y sus compañeros de lucha. Se levantó la estrella del despotismo iluminando los escombros de la libertad y del derecho.

Los acontecimientos de Santiago ofrecieron ocasión a Saint Denys para lanzar el veneno de su diatriba contra la reputación sin sombras del General Duarte. En posdata a su carta del 10 de julio se hace eco del rumor de que el General Duarte “se ha hecho proclamar Presidente por algunos soldados que ha ganado o engañado”, para en la del 11 de agosto decir, refiriéndose a la presidencia de Duarte, que *“esta grandeza efímera, esta presidencia irrisoria, basada solamente en la intriga, el engaño y la duplicidad se han venido abajo como por encantamiento. A la primera palabra, a la primera proclamación del Jefe Supremo del Sur (el General Pedro Santana) los habitantes de Santiago, de Puerto Plata y de algunas otras villas se han alejado del lado de aquel intrigante que les había o engañado con promesas o intimidado por el encarcelamiento de aquellos que se habían mostrado hostiles a sus miras. En un instante este presidente improvisado (Duarte) ha visto desaparecer ese brillante y numeroso cortejo que había venido a festejar su grandeza naciente y a tomar su parte de los grados y las larguezas prodigadas por este jefe feliz y reconocido”*. Saint Denys lleva la audacia de su empeño por desprestigiar y ridiculizar la fuerza creciente de la oposición de Duarte a sus planes proteccionistas, hasta el extremo de afirmar a su Ministro que *“tiene la certidumbre y la prueba en sus manos, después del golpe de estado del 9 de junio último,*

de que el colocarle a la cabeza de la Junta Dominicana le hubiera hecho vivamente desear el protectorado francés cuya posición le hubiese prometido aprovecharse más que ninguna otra". La inexactitud y la ruindad de esta afirmación, la evidencian el hecho indeneable de que fue Duarte quien indicó al General Sánchez, no obstante la objeción de Puello y otros compañeros, para la presidencia de la Junta, reformada con motivo del golpe del día 9. Si Duarte hubiese deseado aprovecharse de esa presidencia, nada le impedía montarse en ella con el beneplácito de sus seguidores. Es claro que Saint Denys buscaba quitarle importancia al movimiento de oposición al protectorado disminuyendo la significación de su jefe; pero al hacerlo ponía de lado la verdad con intención de inferir daño a la estatura procera de Duarte.

Con posterioridad al 11 de agosto Saint Denys guarda silencio acerca de Duarte. Sus informes callan el desenlace trágico del drama que convirtió en mártir de la patria al inventor de la república. Un hombre que había acaudillado una revolución de independencia, que pudo contener las negociaciones de protectorado en su más propicio momento, que fue proclamado espontáneamente candidato presidencial por la región más poblada del territorio patrio, que para eliminarlo de la escena pública fue necesario encarcelarlo y desterrarlo a perpetuidad, era un hombre que valía. Comunicar estas cosas al Ministro Guizot era poner sus informes, disparados contra un objetivo prefijado, en contradicción con la

realidad de los hechos. Su silencio era el escudo de su duplicidad. Saint Denys y sus asociados dominicanos se adueñaron del terreno y él podía alardear de la “confianza ciega” que el Presidente Santana, “que no tenía nada oculto” para él, le dispensaba.

Saint Denys jamás tuvo una frase benévola ni un gesto de simpatía para el fundador de nuestra nacionalidad. Los calificativos con que le adorna son puro veneno. La ametralladora pesada de su correspondencia con Guizot no cesa de acribillarle con la injuria y el ridículo. Porque Duarte defienda con ardimiento sus principios liberales y se opone con firmeza al protectorado, es un intrigante; porque asume con dignidad su jefatura como caudillo trinitario, es un vanidoso; porque discrepa del autoritarismo y de las ideas derrotistas de Santana, es un envidioso de sus victorias militares; porque le trata con deferencia y cortesía, le considera sumable a sus proyectos si se le ofrece una posición que satisfaga su amor propio, “móvil de sus acciones”; porque los pueblos del Cibao le proclaman candidato a la presidencia de la república es un engañador, un ambicioso y un presidente irrisorio. Para Saint Denys, Duarte carece de carácter y de influencia, no tiene alcance de espíritu, es un joven sin mérito. Su elocuencia patriótica es intriga; su educación, servilismo; su nacionalismo, vanidad. Y este hombre a quien el Cónsul de Francia niega toda sinceridad, toda virtud, todo atributo honroso, es el creador de la República Dominicana, uno de los proceres “más

puros de América”, de quien dice el autor de *La Viña de Naboth*, que su doctrina “ha guiado siempre a su pueblo por entre sirtes y escollos hacia un porvenir mejor”, y que “en la larga lista de eminentes patriotas de las Américas que han vivido y han muerto para dar vida a la Libertad del Nuevo Mundo, Juan Pablo Duarte ocupa y ocupará siempre un puesto prominente”. No importa lo que Saint Denys pensara y escribiese acerca de Duarte. La verdad histórica anonada su juicio parcializado por el interés circunstancial que le movía a hacerlo. Santana, su aliado, en trance permanente de obcecación por su falta de fe en las aptitudes nacionales, incurrió en el pecado capital de la anexión. Báez, otro descreído, si no emuló a Santana, fue porque hubo quien frustrase sus exitosos acuerdos con el Presidente Grant. Las ideas y principios de Duarte, a despecho de sus adversarios, vencedores del primer instante, continúan siendo, a través del tiempo, el sustento espiritual de nuestro pueblo.

Fuente

Capítulo V de la obra “Política de Francia en Santo Domingo”, 1844-1846. Editora del Caribe, Santo Domingo, 1962.



EJEMPLOS

José J. Pérez Saviñón*

Siempre recordamos con cariño y admiración al almirante de nuestra marina nacional César D'Windt Lavandier, quien era un "almacén" de episodios interesantes de nuestra historia. Varias veces le invitamos al programa de radio "Duarte Forjador de la Patria", que producimos en la Voz de las Fuerzas Armadas y recuerdo que la última vez que disfrutamos de su compañía estaba ya visiblemente agotado por los quebrantos de salud propios de la edad avanzada.

Esa vez el inolvidable "Chiquitín D'Windt", nos entregó amablemente unos documentos que considero muy valiosos, los cuales utilicé recientemente como base de un programa dedicado a su memoria. Se trata del comportamiento ejemplar de algunos dominicanos que pensamos deben servir de ejem-

* Presidente del Instituto Duartiano.

plo para nuestro pueblo, sobre todo ahora, en este mundo, que azota la criminalidad, las drogas, la corrupción y en general la crisis de valores.

Todos sabemos que Fabio Fiallo fue un gran poeta nuestro, pero muchos desconocen el temple de patriota que adornaba su persona y la reciedumbre de su carácter, por lo que les entregamos el siguiente documento publicado por el almirante D'Windt el 4 de enero de 1985, en el Listín Diario:

Fabio Fiallo, patriota y poeta

Marzo 20 de 1904. El general Fabio Fiallo subsecretario de Interior y Policía y jefe supremo de Operaciones sobre Samaná, insurreccionada por el General Joaquín Barba, llega al amanecer a la bahía con los cruceros nacionales Presidente e Independencia.

El General Fiallo intimó la rendición de la plaza rebelde en el termino improrrogable de 24 horas, comunicándolo así a los cruceros “Yankee”, americano, y “Gazelle”, alemán, ambos surtos en la bahía, para protección de sus nacionales.

El comandante del crucero americano Yankee, notifica al general Fiallo que “el primer disparo que se haga sobre la plaza lo considerará como un ultraje a la insignia de su buque”.

La altiva contestación del general Fiallo no se hizo esperar: “yo represento aquí al gobierno de estas tierras y estas aguas y no admito más imposiciones que las de mi honor y mi consigna. Si Samaná no ha capitulado en el plazo improrrogable de 24 horas que tengo fijado, procederé a rendirla a sangre y fuego sin tomar en consideración la nota de usted que doy por no recibida”.

En la misma tarde el general Fiallo celebra una entrevista con el general Barba dentro de la misma ciudad de Samaná, tras acaloradas discusiones se conviene en los términos de la capitulación.

Marzo 21 de 1904, el general Joaquín Barba hace entrega de la plaza de Samaná al general Fiallo en presencia de los cónsules extranjeros y del comandante del crucero americano *Yankee*, a quien el jefe insurrecto le había asignado en la primera cláusula de la convención el carácter de fiador especial o garantizador del pacto que se iba a celebrar. El general Fiallo interrumpe violentamente la lectura de la capitulación y borra de un plumazo esa cláusula y declara que ella viciaría de nulidad absoluta al contenido, porque él no podía convenir ni aceptar en forma alguna que a un oficial extranjero se le diera intromisión en los asuntos nacionales; tras acalorada discusión se aceptó la imposición del general Fiallo. La capitulación se firmó.

En la tarde de ese día el comandante del crucero alemán invita al general Fiallo para un chapangne

a bordo de dicho crucero, haciendo resaltar ante la tripulación formada en su honor la gallarda actitud del general Fiallo.

Años más tarde siendo el general y poeta Fabio Fiallo, cónsul general de la República en Hamburgo, Alemania, fue invitado por el antiguo comandante del Gazelle, entonces comandante de la zona, a un almuerzo a su buque insignia en el puerto de Hamburgo, en donde de nuevo recordó y puso como ejemplo del “cumplimiento del deber” ante sus marinos al general Fiallo.

Igualmente del Listín Diario del 6 de agosto de 1924 el caso de un humilde soldado del pueblo dominicano que supo cumplir honrosamente con su deber para con la Patria que lo vio nacer.

De Sargento a General

Cuando el vapor “Sacramento” de la marina de guerra de los Estados Unidos bombardeaba a Puerto Plata, comandaba la fortaleza de San Felipe, el general Apolinar Rey, que se vió obligado a retirarse con sus tropas rumbo a Santiago, estableciendo una avanzada en Quebrada Grande y otra en Las Lajas. En este último lugar quedó como jefe de una veintena de hombres el sargento Laíto Báez.

Al ser atacado por las fuerzas invasoras, que utilizaron una pieza de artillería de montaña, el reducido contingente dominicano hizo una heroí-

ca resistencia. Según informe recibido, los rebeldes tuvieron 5 bajas, entre ellos el sargento Laíto de la guardia republicana, gravemente herido". (Boletín de noticias. Puerto Plata 28 de junio de 1916).

"Laíto se batió con 10 guardias que era la fuerza que tenía disponible como viejo león acorralado, hasta que un casco de granada lo alcanzó por el vientre. Llevado a Santiago, fue operado, pero la ciencia no pudo arrancárselo a la muerte. Se reunieron los jefes de la fuerzas y el sargento Laíto Báez, muerto honrosamente en cumplimiento de su deber, fue ascendido a general de brigada en la fortaleza San Luis, como homenaje póstumo, al soldado que supo poner en alto el honor militar, consciente de lo que es una orden" (capitán Rafael E. Pichardo, Ejército Nacional: de Sargento a General "*Revista Militar*, Santo Domingo, No.28 de octubre de 1937. El capitán Pichardo era teniente en 1916 y actuó honrosamente en Puerto Plata bajo el mando del gobernador Rey).

La exaltación de Laíto Báez al grado de general de brigada, fue obra de la Junta de Defensa Nacional que se formó en Santiago para encabezar la resistencia contra la invasión intrusa. Esa Junta se instaló el 15 de mayo, tan pronto llegó en alas del escándalo la infausta noticia de que la soldadesca norteamericana había desembarcado en el territorio Nacional.

El sepelio de flamante general Laíto Báez revisió las proporciones de una apoteosis. Se le hicieron funerales en la iglesia mayor, hoy elevada al rango de

catedral diocesana; la palabra del canónigo Manuel de Jesús González resonó con acento patriótico bajo las bóvedas del templo, y al bajar los restos de Laíto Báez a la tumba, en el cementerio municipal, se le rindieron los honores militares correspondientes a su rango.

Referencias:

1. V.A.D. *“Wenceslao Báez”* Listín Diario 17 de marzo, 1940”.
2. Valentín Tejada: *“Los 2 más Grandes Mártires de la Ocupación”*.
3. *“La verdad escueta”* (Listín Diario, No.11282, 6 de agosto, 1926) Vetilio Alfau Durán, Listín Diario”.

Como es parte de nuestra misión orientar y formar buenos ciudadanos, les regalamos hoy a los lectores del Boletín del Instituto Duarteño dos bellos ejemplos, uno de un simple soldado del pueblo que se casó con la gloria, defendiendo los derechos de su Patria, y otro de un dirigente que supo comportarse correctamente haciendo honor a su rango imponiendo respeto a los derechos de la nación que representaba.



LA INDEPENDENCIA, LA CONSTITUCIÓN Y LOS SÍMBOLOS DE LA PATRIA

Wilson Gómez Ramírez*

El alzamiento del 27 de febrero del 1844 no fue más que el anuncio consecución del propósito libertario que impulsaron de manera franca y sincera los hombres de La Trinitaria, bajo el recto y firme liderazgo de Juan Pablo Duarte y Díez, desde el mismo momento que acogieron el contenido de aquel pliego que firmaron tras hacerse una pinchadura en las yemas de sus dedos y que hoy conocemos como Juramento Trinitario.

La siembra patriótica hecha aquella memorable mañana del 16 de julio del 1838, en el marco de cuyo recinto se levantó para siempre el lema sacrosanto “Dios, Patria y Libertad”, que, 172 años después, es

* Abogado especializado en derecho inmobiliario. Vicepresidente del Instituto Duartiano.

acogido por el texto constitucional y ahora figura como lema nacional en el artículo 34 de la Constitución Política del Estado Dominicano, promulgada en la fecha natalicia del Padre Fundador, 26 de Enero, del 2010, dejó el imperecedero fruto de la Independencia Nacional.

Duarte logró que calara entre los adeptos del proyecto patriótico concebido por él, la idea de Independencia pura o absoluta, con firmeza y sin dobleces, lo que en poco tiempo se constituyó en un credo trinitario, contrario a un sector que carecía de fe, que no abrigaba la más mínima confianza en el pueblo dominicano, por lo que desesperadamente procuraban la protección extranjera.

La confrontación se definió entonces entre los duartistas y los afrancesados, de ahí que el historiador Alcides García Llubes, en un artículo que publicara en la edición correspondiente al 27 de febrero del 1934, del *Listín Diario*, citado por Vetilio Alfau Durán, en una publicación insertada en la revista Clío, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, dice que “en ausencia de Duarte, Ramón Mella, el hombre que fue a Haití a pactar con Charles Herard Ainé la unión para La Reforma, comprendió la necesidad de celebrar una alianza con los conservadores para proclamar la República, y *motu proprio* procuró y alcanzó la nueva e indispensable liga, al acercarse al influyente y singular hombre de arbitrios Tomás Bobadilla, con quien se solidarizaron

inmediatamente todos los de su partido, y el 27 de febrero fue”.

El disparo del trabuco de Mella en la Puerta de la Misericordia y el acto de proclamación hecho en el entonces Baluarte de San Genaro, hoy Puerta del Conde, anunciaron al mundo el nacimiento del Estado Dominicano, cuyo nombre, tal cual lo concibió Duarte en el Juramento, fue República Dominicana.

Completó aquella noche de gloria rasgado de los cielos de la República en ciernes con la el izamiento de la Bandera, también ideada por el Prócer en el histórico documento: ...”la cual tendrá su pabellón tricolor en cuartos encarnados y azules, atravesado por una cruz blanca”... De ahí que el 27 de febrero es Día de la Independencia y de la Bandera!

Ha sido una constante del constituyente dominicano mantener en las distintas versiones de la carta sustantiva los colores azul ultramarino, rojo y la cruz blanca, salvo el caso del texto constitucional del 6 de noviembre del 1844 que estableció en el artículo 194, con respecto a la Bandera Nacional Mercante: “El pabellón mercante Nacional se compone de los colores azul y rosado, colocados en cuarteles esquinados; y divididos en el centro por una cruz blanca de la mitad del ancho de uno de los otros colores, que toque en los cuatro extremos”.

En lo relativo a la Bandera Nacional no se produjo en la última reforma constitucional ningún cambio que no fuera lo que recoge el artículo 31 del

nuevo texto, en relación con la expresión “Escudo de Armas de la República” que se sustituyó y ahora dice “Escudo Nacional”.

El Escudo Nacional recibió un importante reforzamiento por parte de los trabajos reformadores del constituyente del 2010, este símbolo patrio había sido el más afectado por las faltas de precisiones en el texto sustantivo y por la dispersión las disposiciones legales en general, podemos afirmar que con el afianzamiento en la descripción de este símbolo disminuirán las irreverencias que cotidianamente se cometían por confusión o desconocimiento.

El artículo 32 de la Constitución vigente auspicia que por primera vez un canon de su jerarquía precise dónde *está abierta la Biblia en el Escudo Nacional: “Lleva en el centro la Biblia abierta en el Evangelio de San Juan, capítulo 8, versículo 32”*... Y con respecto a la cinta inferior que contiene el nombre del Estado, República Dominicana, dice: *“En la base hay otra cinta de color rojo bermellón cuyos extremos se orientan hacia arriba con las palabras “República Dominicana”* (negritas del autor WGR).

En el caso del símbolo sonoro de la Patria, se eliminó la referencia que hacía en su artículo 97 la derogada Constitución con relación a la Ley No. 700, de fecha 30 de mayo del 1934 que lo oficializó y se suprimió el término eterno, para solo quedar ahora en el artículo 33 que el *“Himno Nacional es*

la composición musical de José Reyes con letras de Emilio Prud'homme, y es único e invariable" (negritas del autor WGR).



Versión correcta y actualizada, figuran cuatro (4) banderas, dos lanzas libres y el libro abierto en la Biblia, capítulo 8, versículo 32, el cual dice: *"Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libre"*.



Versión incorrecta frecuentemente usada con cintas que no terminan en puntas y la inferior, roja, no se orienta hacia arriba, por tanto no cumple con lo establecido por la Carta Sustantiva.



En esta versión las cintas terminan en punta, sin embargo es incorrecta, pues se advierte que figuran seis (6) banderas y hay lanzas libres.



Este escudo acusa una deformación en la cinta inferior y el número de banderas no se puede precisar, por tanto no correcto en los términos de la Constitución Dominicana.

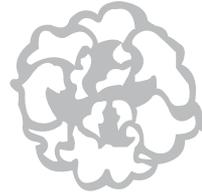


Dibujo tomado de la revista Rumbo.

La Honestidad Política

Las cosas del Estado deben manejarse con honradez y la política debe ejercerse con desinterés económico, justicia y patriotismo.

Enseñanzas cívicas de Duarte. Enrique Patín Veloz.



HIMNO DE REYES Y DE PRUD'HOMME

(Himno Nacional Dominicano)

Rafael L. Pérez y Pérez*

La Historia Patria no ha dedicado un capítulo que hable del primer Himno (ni de los otros tampoco) congénito con la Independencia de la República Dominicana. Este himno, letra del poeta Félix María Delmonte y música del Coronel Juan Bautista Alfonseca, debía ser realmente el único si los dominicanos hubieran sentido más inclinación por las cosas de su tierra. Cuando Alfonseca y Delmonte escribieron el Canto Patriótico de la naciente República Dominicana, pertenecían tan solo al único y sacratísimo partido de la Independencia. Más tarde, al organizarse los bandos que dirigieron Pedro

* General de Brigada, E.N., doctor en medicina y en derecho, miembro de la Junta Directiva del Instituto Duarteño.

Santana y Buenaventura Báez, aquellos ciudadanos militaron en las filas del **rojismo** y esa parece ser la causa que influyó poderosamente en el abandono del Himno del 1844.

Ahora voy a referirme al Himno de la Restauración, generalmente conocido con el nombre de Himno de Capotillo, letra del poeta Manuel Rodríguez Objío, muerto en el 1871, y música del Maestro Ignacio Martí Calderón, muerto, también, en San Juan de Puerto Rico en 1903. Había que cantar necesariamente a la gloriosa epopeya iniciada en el año 1861 y ese es el origen del Himno de Capotillo.

Al Gral. Gregorio Luperón, héroe máximo de aquella patriótica jornada, se debe que el poeta Rodríguez Objío y el Maestro Martí Calderón escribieran respectivamente la letra y la música de este Himno.

Este otro Canto Nacional, que tampoco ha debido olvidarse, fue popularísimo en las provincias del Norte y del Centro de la República. Cuando el Himno de Reyes empezó a generalizarse en aquellas regiones, se tocaba en las fiestas del 27 de Febrero, y aquel en las del 16 de Agosto. Cuando el 14 de Marzo de 1871 el Gral. Luperón salió de Capotillo haitiano con 45 patriotas para protestar con las armas por la anexión de nuestro país a Estados Unidos de América, aquellos valientes, entre los cuales iba el autor de la letra, emprendieron la marcha cantando el Himno de Capotillo con Música que se supone improvisa-

ron, puesto que la verdadera, la que compuso el Maestro Ignacio Martí Calderón, fue escrita, poco más o menos, en el año 1885.

La última vez que oficialmente se ejecutó este Himno, fue el 16 de agosto de 1926 con motivo de la Apoteosis del Héroe Epónimo. Desde el Palacio Municipal de Puerto Plata hasta la Estación del Ferrocarril no terminaron de oírse las marciales notas de ese Canto Patriótico que se escribió a indicación de él.

El día 12 de julio de 1883 se fundó en esta Capital la Asociación de la Prensa. Entre sus actividades una fue la celebración de actos de cultura. De 1883 a 1884 hubo una serie de veladas interesantes.

La primera se celebró en el Teatro de La Republicana en la noche del 24 de julio, con motivo del Centenario de Bolívar. La segunda fue un homenaje al 16 de agosto, vigésimo aniversario de la Restauración Política de la República.

Este acto social, que tuvo efecto el viernes 17 de agosto, debía celebrarse en el local del Colegio San Luis Gonzaga, cuyo fundador y director lo fue el nunca olvidado filántropo Pbro. Francisco Xavier Billini y Hernández; pero por la muerte de su sobrino, el joven Silvino Billini, se efectuó en los salones de la Logia Esperanza, situada entonces en la calle Mercedes No. 4 (local actual de la Fundación Dominicana de Desarrollo). En esa noche se tocó y cantó por primera vez el Himno de Reyes y de Prud'homme.

En la breve crónica de dicho acto, escrita por Don Federico Henríquez y Carvajal, publicada en la *Revista Científica*, se lee este párrafo: “Hubo dos himnos, a toda orquesta, cantados por varios caballeros: uno del profesor José Reyes, letra de Emilio Prud'homme; otro del profesor José M. Arredondo, letra de la poetisa Josefa A. Perdomo. Ambos gustaron; pero singularmente el del maestro Reyes por su aire popular”.

Tres casas vecinas, ubicadas al extremo oeste de la antigua calle del Arquillo, llamada luego de Santo Tomás -en memoria y honor del piadoso mitrado que fue el doctor Don Tomás de Portes e Infante- y ahora Arzobispo Nouel, recuerdan y evocan la honesta vida hogareña y la bella labor artística de José Rufino Reyes y Siancas, el inspirado autor de la música del Himno Nacional Dominicano.

En la casa No. 65, nació, se meció su cuna, corrió su infancia y fue ciudadano y soldado de la patria. En la No. 85, celebradas sus nupcias con la joven gentil que había de ser la madre de sus hijos, encendió su nuevo hogar cuando aun no contaba veinte años. En esa casa tuvo su residencia en un lapso de ocho a nueve lustros, y en ella formó y educó su familia. En ella fue, también, donde trazó en el pentagrama el tema épico de su himno, a fines del año 1882, y donde, a principios de 1883, adaptó a su partitura las estrofas decasílabas escritas por Emilio Prud'homme. En la casa No. 94, vivió sus años postreros -los iniciales de la pasada centuria- y murió el 31 de enero de 1905, antes de cumplir

la edad septuagenaria (*Clío*, Revista Bimestre de la Academia Dominicana de la Historia, Fascículo VI, Noviembre y Diciembre, Año 1935, Pág. Núm. 159).

Nuestro Himno Nacional de bélicas notas nació, como mucho de lo nuestro, bajo el cuestionamiento de su autenticidad. El Himno Patriótico, como por muchos años se llamó, integró la música de José Reyes con la letra de Emilio Prud'Homme. La primera información que se tiene sobre nuestro canto nacional corresponde al semanario *El Eco de la Opinión* de fecha 16 de agosto de 1883. Esta publicación comunicaba que en la Logia Esperanza se interpretaría el himno patriótico. En el año 1884, cuando fueron traídas al país las cenizas de nuestro Padre de la Patria, Juan Pablo Duarte, este himno fue interpretado en todo el trayecto desde el muelle hasta la catedral, en su merecido retorno al seno de la Patria. La letra y la música eran el mejor marco histórico de referencia para aquel que todo lo dio por una patria libre e independiente.

Voy a leer las estrofas de la primera letra, publicada en el No. 216, Año V, de *El Eco de la Opinión* de fecha 16 de agosto de 1883.



*Quisqueyanos valientes, alcemos
Nuestro canto con viva emoción,
Y la aurora feliz saludemos
De la Patria y la Restauración.*



*Salve al Pueblo magnánimo y fuerte
Que si esclavo en un tiempo gimió,
Tras el grito de ¡libre ó la muerte!
Su cruzado pendón tremoló!*

*No merece de libre la fama
Pueblo alguno si, torpe y servil,
No se siente abrasar en la llama
Que templó el heroísmo febril.
Mas Quisqueya, la noble guerrera,
Puede altiva la frente elevar,
Que si esclava mil veces se viera
Otras tantas tornara á triunfar.*



*Compatriotas, la frente abatida
No se incline ante el mundo ya más,
Que Quisqueya será confundida,
Pero sierva de nuevo, jamás.
Si á la Patria gentil de Febrero
Intentare otro déspota hundir,
Sabrá altiva empuñar el acero
Y en el campo vencer ó morir.*



*Si una vez su nobleza ultrajaron
Las cadenas de intruso señor,
Las Carreras, Beler, proclamaron
Que Quisqueya es un pueblo de honor
Libertad! exclamó en el Baluarte
De Febrero, la voz de lealtad
Y el acento de Sánchez y Duarte
Resonó por doquier, ¡Libertad!*



*Si más tarde por torpe caudillo
Deshonrada la Patria se ve,
Libertad! resonó en Capotillo
Y la Patria otra vez libre fué.
De la audaz y soberbia Castilla
Su fiereza depone el León,
Y aterrado y vencido se humilla
Al flotar el cruzado pendón.*



*De la Patria al santuario lleguemos
Victoriosos el himno á ofrecer;
Y ante el ara bendita juremos
Por ser libres morir ó vencer.
¡Libertad! que los pechos palpiten,
Mientras llenos de noble ansiedad,
Nuestros campos de gloria repiten:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!*

Esta letra, según declaración de su autor, fue reformada once años después de haberla escrito.

Después de la Capital, corresponde a Azua y más tarde a Puerto Plata el honor de haber sido las primeras ciudades de la República en donde se toca el Himno Nacional. En el Cibao se generaliza con motivo de la inauguración del Ferrocarril de Puerto Plata a Santiago, celebrada el 16 de agosto de 1897.

Emilio Prud'homme nació en Puerto Plata el 20 de agosto del 1856, en el mes de agosto del año 1887 se traslada a la ciudad del Vía, llevado allí para dirigir la escuela *Perseverancia*, fundada por el General

Francisco Montes de Oca. Mucho antes de trasladarse a Azua mantenía estrechos contactos con aquella sociedad, contactos que se mantuvieron hasta el año 1893, cuando una disposición del dictador Ulises Heureaux (Lilís) le hace trasladarse a Santo Domingo. En Azua no sólo dejó el honor de ser la segunda ciudad en donde resonaron las notas de nuestro glorioso y hermoso Himno, sino que también dejó discípulos, entre los cuales sobresalió en el campo de las letras y de la enseñanza Bartolomé Olegario Pérez, el sensitivo poeta de *"Margaritas"*. Murió Emilio Prud'homme en la ciudad de Santo Domingo el 21 de julio de 1932.

Joaquín Balaguer en su *"Historia de la Literatura Dominicana"* respecto al Himno Nacional, al que califica como la obra maestra de Prud'homme, dice entre otros conceptos que: *"Pocas poesías de ese género se han escrito en lengua castellana de ejecución tan acorde con su objeto: estrofas retumbantes, versos cargados de estallidos, palabras e imágenes escogidas para excitar la imaginación con sugerencias guerreras: éstas sonoras y enérgicas, como el metal golpeado; aquéllas, ardientes como la llama de las espadas, y todas sin excepción, fundidas como una lámina de bronce para recibir y devolver en miles de sonidos vibrantes, el eco de la epopeya."*

La orquesta dirigida por Manuel Martínez tuvo la gloria de estrenar el Himno de Reyes y Prud'homme, como señalamos, el viernes 17 de agosto de 1883 en Velada de la Asociación de la Prensa con motivo del 209 aniversario de la Restau-

ración Política de la República. Estuvo compuesta de la siguiente forma: violines José Pantaleón Soler y Mariano Arredondo; cello, José Reyes; contrabajo, Mulet; bombardino, Manuel Martínez; clarinetes, Juan Francisco Pereyra y Alfredo Máximo Soler; flautas, Julio Acosta y E. Affigne; trompa, L. Polanco; bajo, Marcelino Henríquez.

(Federico Henríquez y Carvajal afirmó que él formó parte del coro cuando el estreno del Himno de Reyes y Prud'homme).

¿Qué motiva a José Reyes a aproximarse a Emilio Pmd'homme (y a otros poetas) para solicitarle “un texto para el himno que pensaba componer”, como dijera? Pensamos nosotros que pudo ser lo siguiente:

A mediados del 1882, el General Gregorio Luperón regresó al país luego de un viaje a Europa. El Maestro Ignacio Marty Calderón, recién radicado en Puerto Plata, le dedica un pasodoble (cuyo título fue *La Bienvenida*) y, entusiasmado, Luperón le pide que sobre texto de Manuel Rodríguez Objío que le entrega, escriba la melodía del Himno de Capotillo. Se escribe la melodía y el himno se estrena con acentuado éxito, el 26 de febrero de 1883; alcanzando tal éxito, que enseguida surgen peticiones en el sentido de que fuera declarado por el gobierno como Himno Nacional.

Hasta aquí hemos narrado hechos concretos. Ahora, no obstante, entraremos al plano conjetural

en lo relacionado a las motivaciones que pudiera haber tenido José Reyes.

Enterado del suceso, José Reyes decide escribir un Himno que pudiera ser considerado como Himno Nacional, ya que la petición para que al Himno de Capotillo le fuera otorgado tal honor no tuvo favorable aceptación. Se dirige entonces a Emilio Prud'homme, obtiene de éste el texto, e inspirado en el himno argentino como dijera el mismo en una oportunidad, escribe su marcial melodía. Así, pensamos nosotros, pudo haber sido el origen de nuestro Himno Nacional, aunque en ningún momento deben ustedes dejar de tener en cuenta que todo lo últimamente externado no es una afirmación nuestra sino una simple conjetura.

En 1890 -gobernando otra vez Lilís- se hace mención por primera vez del Himno Nacional Dominicano en un acto oficial, cuando se inauguraron los edificios para la Comandancia del Puerto y de la Aduana de Santo Domingo, hecho ocurrido el 27 de febrero de ese año (véase el programa que rigió para dicha inauguración, en la edición número 174 del Listín Diario de fecha 26/02/1890).

En este año de 1890, por igual Alfredo Máximo Soler, director de la Banda Militar, realiza la instrumentación para banda del Himno Nacional Dominicano.

En la revista *Letras y Ciencias*, año VI, Núm. 116, editada en Santo Domingo en fecha 27 de Febrero

de 1897, apareció el Himno Nacional Dominicano con estrofas de Federico Henríquez y Carvajal y música del maestro José Reyes, pero éste no desplazó del Himno las estrofas que compusiera Emilio Prud'homme.

El 6 de marzo de 1892, en la misma revista *Letras y Ciencias* -que dirigiera junto a su hermano Francisco Henríquez y Carvajal-, año I, Núm. 1, Federico Henríquez y Carvajal publicó las letras de su Himno Nacional escritas el 27 de Febrero de 1884.

En el 1892 Federico Henríquez y Carvajal había propuesto unas nuevas letras al himno patriótico y bajo el título de “A las Armas” circularon por el Santo Domingo de entonces unas nuevas letras patrióticas que no tuvieron ningún tipo de acogida.

En el año 1894 alguien acusó de plagio al maestro José Reyes. Esto causó revuelo en los medios y en la sociedad de entonces. Posteriormente las aguas “volvieron a su nivel” cuando el acusador reconoció, públicamente, que se había equivocado.

En el 1897 se establecieron públicamente las bases literarias y se llevó a cabo una convocatoria para sustituir la letra del himno patriótico de José Reyes. En ese mismo año, Prud'homme modificó las letras originales del himno, lo que tuvo como resultado un cuestionamiento público de Enrique Deschamps, quien proponía substanciales modificaciones al texto corregido.

El 30 de abril del año 1897, el diputado Rafael García Martínez presentó al Congreso Nacional una moción para lograr la oficialización del himno. La moción fue enviada a una comisión de estudio, en la cual se externaron las más diversas e interesadas opiniones. Por votación la comisión aceptó, el 7 de junio de 1897 el himno patriótico como himno nacional, basándose no solo en su contenido patriótico sino en que ya era de uso público en actividades oficiales. No obstante esto, Ulises Heureaux, Lilís, presidente en ese entonces, ni promulgó ni vetó lo decidido por la comisión y por el Congreso. Simplemente Lilís ignoró la existencia del canto nacional, generalizado en su uso, y no fue sino 37 años después que el presidente Rafael Trujillo declaró como oficial el himno de Reyes y de Prud'Homme. Lo más significativo de ese periodo indefinido fue el hecho de que el himno patriótico se siguió utilizando en los actos oficiales, que el maestro Reyes recibió una pensión por ser el autor de la música, que a varias calles de diversas ciudades se les asignó el nombre de los autores, todo esto aparte de que la cruz más alta del Cementerio Antiguo de Santo Domingo correspondía a la tumba de Reyes y de Prud'Homme. Actualmente están sepultados en el Panteón de la Patria, calle Las Damas, Ciudad Colonial, Santo Domingo, Distrito Nacional.

Trujillo promulgó la ley que oficializó 'el Himno de Reyes y Prud'homme, y reza la misma así:

EL CONGRESO NACIONAL EN NOMBRE DE LA REPÚBLICA

Número 700

CONSIDERANDO que el canto patriótico constituido por la música del maestro José Reyes y la letra del poeta Emilio Prud'homme, ha sido adoptado como himno nacional por el pueblo dominicano desde hace muchos años como expresión de sus sentimientos patrióticos y evocación de sus luchas gloriosas por la libertad.

CONSIDERANDO que con ese himno son también solernnizados desde hace mucho tiempo los actos oficiales en la República, y que han intervenido diversas disposiciones que implican su reconocimiento oficial.

CONSIDERANDO que, no obstante hallarse ese canto nacional consagrado como himno patrio por la costumbre, no se ha dictado hasta ahora una disposición legislativa que lo reconozca formalmente.

DECLARADA LA URGENCIA HA DADO LA SIGUIENTE LEY:

Artículo único.- Se declara himno oficial de la República el compuesto por el maestro José Reyes con letra del poeta Emilio Prud'homme.

DADA en la Sala de Sesiones del Palacio del Senado, en Santo Domingo, Capital de República Dominicana, a los veintidós días del mes de mayo del año mil novecientos treinta y cuatro, años 91° de la Independencia y 71° de la Restauración.

EL PRESIDENTE:
MIGUEL ANGEL ROCA

LOS SECRETARIOS
L.E. HENRIQUEZ CASTILLO
ABIGAIL MONTAS

Ejécútese, comuníquese y publíquese en todo el territorio de la República, para su conocimiento y cumplimiento.

DADA en la ciudad de San Cristóbal, residencia temporal del Poder Ejecutivo, a los treinta días del mes de mayo del año mil novecientos treinta y cuatro.

RAFAEL L. TRUJILLO
PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

REFRENDADO:
PORFIRIO HERRERA,
SECRETARIO DE ESTADO DE
LA PRESIDENCIA

REFRENDADO:
T. PINA CHEVALIER
SECRETARIO DE ESTADO
DE INTERIOR POLICIA,
GUERRA Y MARINA

¡Hasta se quiso cambiar versos de Emilio Prud'homme para colocar a Trujillo en el Himno Nacional Dominicano, en el año 1935! Y todavía habría que esperar treinta y dos años más nuestro Himno para que fuera consagrado constitucionalmente, lo que viene a suceder con el Artículo 97 de la Constitución votada en el 1966. Tal artículo de nuestra Carta Magna declara al Himno de Reyes y Prud'homme “invariable, único y eterno”.

El Artículo 97 de la Constitución de la República, dice: El Himno Nacional es la composición musical consagrada por la Ley No. 700, de fecha 30 de mayo de 1934 y es invariable, único y eterno.

A pesar de ser Trujillo quien oficializa nuestro Himno, parece ser que después le resulta algo tedioso, quién sabe si debido a la frecuencia con que se ejecutaba para él, pues en el 1941 dispone que se suprima la introducción y que sólo se ejecuten los ocho primeros compases cuando se le rindan honores a él o al Presidente de la República, según se observa en el Listín Diario del 25 de Julio del mencionado año. No obstante, parece que tal disposición quedó prontamente convertida en letra muerta. En cambio, la velocidad a que comenzó entonces a interpretarse el Himno, tomó caracteres de vertiginosidad a partir de ese momento y durante vivió el dictador Trujillo. Muerto éste, la velocidad a que venía ejecutándose empezó a decrecer, hasta que en 1983, al cumplirse el centenario de su estreno, se reguló por decreto la forma en que deberá ejecutarse: Lo será, dice el

dispositivo, al unísono (se sobreentiende que esta disposición se refiere a cuando sea cantado) y a una velocidad de 110 negras por minuto.

El señalado decreto es el número 1332, de fecha 17 de agosto de 1983 y lo firmó el entonces Presidente de la República, Salvador Jorge Blanco.

Podemos mencionar sanciones en caso de irrespeto o ultraje contra los símbolos patrios.

En el Art. 8 de la Ley No.360 de 1943, se castiga con pena de seis días a un mes de prisión a quien irrespete los símbolos patrios.

A los que ultrajen los símbolos, la pena es de tres meses a un año de prisión y multa. Si el autor de la infracción es extranjero, se le expulsará del territorio nacional.

Los Jueces de Paz son los Magistrados competentes para aplicar estas sanciones.

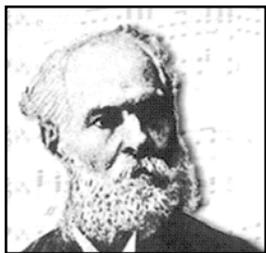
BIBLIOGRAFÍA

1. BALAGUER, Joaquín, *“Historia de la Literatura Dominicana”*, Décima Edición, Editora Corripio, Santo Domingo, D.N., 1997, Pág. 225.
2. BARREIRO, Teófilo, *“El Himno a las doce”*, Periódico El Nacional, 10 de enero de 1999, Pág. 5.
3. CLIO, Revista Bimestre de la Academia Dominicana de la Historia, Fascículo VI, Noviembre y Diciembre, Año 1935, Pág. Núm. 159.

4. CONSTITUCION DE LA REPÚBLICA DOMINICANA (Proclamada el 25 de julio de 2002), Publicación de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D.N., 2004, Págs. 88 y 89.
5. GÓMEZ, Wilson, *“Duarte y los Símbolos Patrios”*, Publicación del Instituto Duarteiano, Santo Domingo, D.N., s/f., Pág. 19.
6. HOLGUÍN-VERAS, Miguel, *“Azua y el Himno Nacional Dominicano”*, Publicaciones de la Academia de Ciencias de la República Dominicana, Talleres Gráficos de Editora Búho, Santo Domingo, D.N., Septiembre de 2003, Págs. 3, 4,11,12, 25.
7. INCHAUSTEGUI, Aristides, *“Apuntes para la Historia del Himno Nacional Dominicano”*, Museo Nacional de Historia y Geografía, Asociación Jaycees Dominicana, Imprenta Amigo del Hogar, Santo Domingo, D.N., 1982, Pags. 9, 41, 42.
8. RAVELO, José de Js., *“Historia de los Himnos Dominicanos”*, Clío, Revista de la Academia Dominicana de la Historia, Marzo y Abril, Año 1934, Págs. 45, 46, 48, 49, 50, 51.
9. PÉREZ Y PÉREZ, Rafael Leonidas, *“José Reyes, Compositor del Himno Nacional”*, Revista de las Fuerzas Armadas, Noviembre/Diciembre 2004, No. 342, Págs. 28 y 29.

Fuente

Ponencia dictada en la Feria Internacional del Libro 2009, Santo Domingo.



José Rufino
Reyes Siancas



Emilio Prud-
Homme



Fragmento de la Partitura

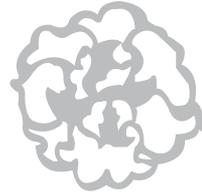
HIMNO NACIONAL DOMINICANO

Letra de EMILIO PRUD-HOMME

Música de JOSÉ REYES

A musical score for the Dominican National Anthem, showing a piano accompaniment and a vocal line. The score is written in G major and 2/4 time. The lyrics are in Spanish. The piano part features a rhythmic accompaniment with chords and single notes. The vocal line is a simple melody. The lyrics are: "Que - con - ya - nos ya - san - ta, al - ce - nos san - ta - nos - te con - vi - va - mi - ra, Y del nos - tra la - ta - nos - te - nos tra - vi - ti - glo - ri - so - pro - du - sal - ve - ri".

Que - con - ya - nos ya - san - ta, al - ce - nos san - ta - nos - te
con - vi - va - mi - ra, Y del nos - tra la - ta - nos - te
- nos tra - vi - ti - glo - ri - so - pro - du - sal - ve - ri



LA PATRIA

Daniel Nicanor Pichardo Cruz*

La Patria es la tierra común para el destino de todo ciudadano. Es que el destino tiene para cada uno los parámetros que mientras se vive se van decantando en la actividad y la directriz humana que se enmarca dentro de la vida de cada quien en la propia libertad del hombre. Libertad que es marco ineludible para el sentimiento de la Patria que se guarda en el libre albedrío del libérrimo sentir del ser. Se trata de la espiga verde del ser libre que germina en el surco fértil donde todos los derechos del hombre han sido semillas de esperanza desde la propia conciencia para el inherente derecho del hombre que se patentiza en la defensa del libre albedrío humano, para que así nazcan y se desarrollen los conceptos de las libertades públicas del hombre y de la mujer. Libertad que se traduce en los derechos individuales... derechos que son, en el hombre

* Secretario General del Instituto Duarteano.

y en la mujer, los brotes verdes de la esperanza hasta cuando sea el final, o hasta cuando haya un concepto mejor a los efectos que entrañan la intrínseca y propia libertad inherente al ser, porque esta encierra los valores que destacan y propulsan a este hombre y a esta mujer por encima de la materia para elevarlos en el sentimiento humano que es la fuente de la primaria condición y estructura del ser humano.



La Patria está en el hogar y en la escuela. Está con los abuelos, con los padres y con los hermanos, y está con los tíos y los primos. La Patria está junto con los compañeros del aula, y en los pupitres y con los maestros, y está en las clases, en el plantel escolar, en los libros de texto y en el camino de la escuela.

Y llega al patio del recreo, y sobre todo cuando en la fila, con disciplina mientras se iza la Bandera Nacional, el alumnado canta el Himno de la Patria, para después elevar el estandarte de tu centro escolar. La Patria existe cuando aprendes zoología, botánica, geografía, gramática, aritmética, historia universal y moral y cívica... la Patria está cuando garrapateas la caligrafía y redondeas las vocales en el papel rayado que está cosido al cuaderno. Cuando sacas punta al lápiz y cuando se gasta la borra... y también cuando quieres a la maestra y la obedeces como si fuera tu otra madre, y cuando en el recreo sudas la camisa del uniforme que ya no está planchado y los pantalones han perdido el filo, y te has quitado la corbata y los cabellos están despeinados, y como que te sientes desaliñado... que es, sobre todo en ese momento cuando piensas en tu mamá y sus decires por la mañanita, después que ella ha rezado en su altar, y ha preparado tu desayuno y los de tus hermanos, para despedirte limpiecito y a ellos, dándoles los bultos con los útiles escolares, y con sus recomendaciones de que te portes bien, y mientras te alisa el pelo y arregla el gorro, y también te da un beso, y es entonces cuando te vas para la escuela. Pero, quizás no has observado que en lo menos que tu piensas es que allí te van a dar educación y de que vas, quizás, tras el horizonte profesional de tu futuro... son días felices, aunque no sepas en conciencia que te estás formando en los valores de la familia, en las buenas costumbres y en principios éticos y morales, y que de esa forma se contribuye al ordenamiento de los

derechos y los deberes que la sociedad impone al ente social, porque estamos obligados al respeto mutuo, y así observar la buena convivencia para conservar la paz... de esta forma y de este modo, es que se forja la Nación, porque es así como tu contribuyes a la construcción del País... esto es así porque el hogar y la escuela, la familia y los valores del ser humano y de la sociedad, tal como el respeto a las leyes y a los derechos y los deberes del hombre, son el diamante bruto que es la Patria, cuyas aristas cada hijo puede pulir, para que el cristal único sea la piedra preciosa que significa para cada uno ser, el país y la nación que es la Patria de cada hombre y de cada mujer.

La Patria, en la geografía linda en el imperativo de la tierra que te ve nacer. Es por eso, que en el ser patriota se lleva el gran amor del suelo de tu país que es también tu nación, y que es tu pueblo. Ese es el gran amor desinteresado del patriota, que desde su naciencia balbucea en el primer vagido al salir del vientre materno y que se desarrolla cuando se comprende y se entiende lo que es la tierra... nuestra tierra... que es conocer la patria y sentirla... Juan Pablo Duarte sintió la patria desde niño, la sintió a modo del patriota que era. Que era mientras crecía y caminaba en los senderos de las orillas de la ría Ozama, y en los promontorios de las atarazanas, hollando con sus pies de niño y de adolescente la tierra de sus pares... la tierra que era la patria chica que lo asentó en el amor de la firmeza quisqueyana... La Quisqueya de nuestros mayores...

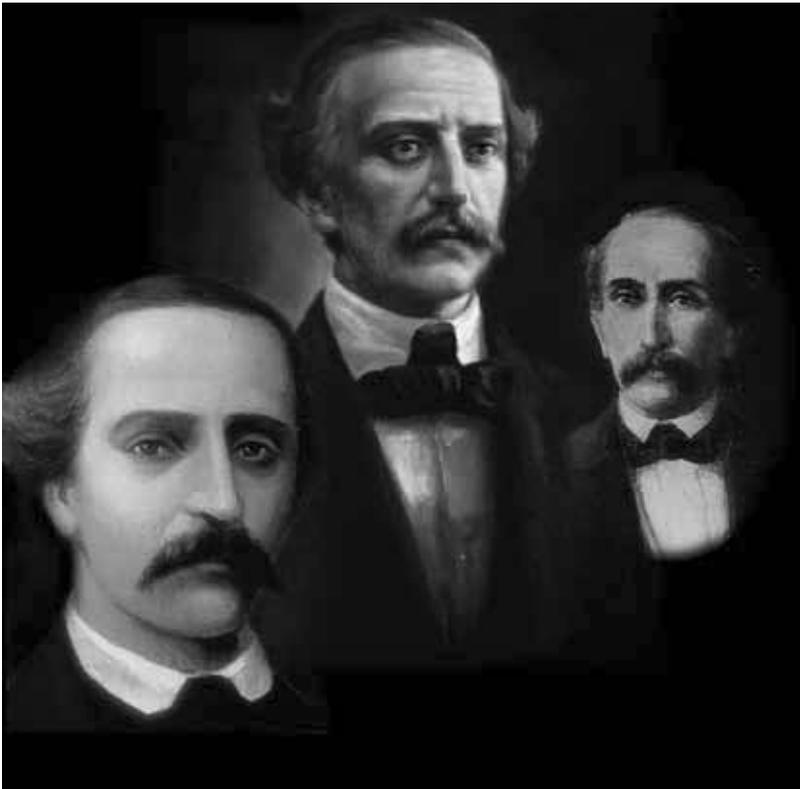
Quisqueya que fue la Patria de los taínos isleños, que supo dar Caciques como aquel indio caribe, de salvajismo quisqueyano, llamado Enriquillo, aún en su amor imposible para Mencía, noble dama de Castilla, aquel cacique que monjes católicos moldearon en el principio doctrinario de Jesús, para que en los hombres hubiera cristianismo de amor y de justicia, supo conquistar la libertad, y de pie, se mantuvo erguido ante la grandeza del Emperador Carlos V... por eso Enriquillo, el cacique de Boyá quedó inmortalizado en la obra literaria de Manuel de Jesús Galván... lo que fue ejemplo en la Patria de Quisqueya... al igual que Tabaré, el Cacique aborigen de la raza Charrúa, quedó inmortal en la poética inmensa de cultivada métrica, donde grandes amores imposibles y de libertades relata el peruano José Zorrilla de San Martín, hijo de otra patria americana de tierras sureñas... ¡oh, las Patrias de ellos, que son también las Patrias nuestras!

Volviendo al Duarte niño y adolescente, que también corría allí en las inmediaciones coloniales de la ciudad de Santo Domingo, su ciudad natal, junto a compañeros jugó canicas y pelota, y al escondido, y de seguro que soñó con la niña de trenzas largas en la ingenua pigracia de su corazón, y de seguro también que siguió aquella niña de las trenzas rubias de pelo lacio y entrelazadas y apretadas con lasitos de seda hacia el catecismo en los templos de La Alta-gracia y de Las Mercedes... y absorbió el aire salado en las orillas del Mar Caribe, fue el mismo joven que

de algún modo aireó los ensortijados bucles arrubia- dos de su cabeza, e igualmente en su ciudad natal en la ruinas del Fuerte de Santa Bárbara, cerca del templo donde lo bautizaron a los 9 días de nacido, pudo emborronar cuartillas escribiendo tópicos de intelectualidad y hasta poéticos... mientras en el cénit, el sol, el astro rey ascendía en el .meridiano, él soñaba con la Patria... concebía su República Domi- nicana... todo eso mientras crecía en la ciudad de los colones cargada de historia colonial, de virreyes y de soldadesca que expolió a los indios, donde goberna- dores y engolados comendadores y clérigos y jueces y capitanes representando a la corona de España, y en el nombre de la reina castellana y el rey aragonés, con mano dura exterminaron la población indígena de la tierra quisqueyana... aunque también cons- truyeron fortalezas, murallas, palacios, templos y además hicieron cumplir los planos para las calles y el lineamiento urbano de la ciudad de las primacías en el Nuevo Mundo de la inmensa tierra americana, cuando Cristóbal Colón buscando rutas comercia- les en oriente, para las especias, pudo descubrir el accidente que fue el Nuevo Mundo, junto a las riquezas de las tierras de fertilidad y de inmensidad, con piedras preciosas, y oro y plata por doquier en aquellas insospechadas Indias...

Realmente el hombre que fue Duarte sintió la Patria en lo más profundo del ser, tanto es así que extrañado del lar nativo, que es el lugar de los dioses, desterrado de su tierra y en playas extranjeras, lace-

rada el alma en el incierto horizonte del extranjero, cual clamó Varo por sus legiones perdidas, Duarte lucha por volver a la Patria, porque fuera de ella, en otros límites está intranquilo y sin sosiego, es que no puede participar en la acción de la Patria, la que él, más que nadie contribuyó a crear... lo que hizo como el poeta cuando construye el verso y por lo cual un gran crítico de arte, al considerar que el poeta en sus versos crea... sin blasfemar, lo comparó con Dios... es que Juan Pablo Duarte Díez, el Fundador de la República, y Padre de la Patria por Excelencia, es el



Libertador de La Dominicana... esto así, a la manera de José Martí el Apóstol de la libertad cubana, y del gran ensayista de la moral y de las libertades antillanas, quien fuera Eugenio María de Hostos, insigne puertorriqueño... y pasando por las improntas y las acciones del general José de San Martín, llanero de las pampas argentinas. Libertador también de países de las tierras firmes de América del Sur, comparable a otro Libertador de América, el político venezolano, mariscal Antonio José de Sucre, quien junto al gran Simón Bolívar soñó con la unión de los pueblos americanos y sus naciones en el contexto del proyecto de la Gran Colombia...y pudo soñar, por que no, en el lindero del idealismo panamericano.

Juan Pablo Duarte en el destierro sufre la Patria en las entrañas propias. Por eso, en el exilio, fuera en Hamburgo, o en las selvas tropicales y voluptuosas del hermano país de Venezuela, donde el murmullo del caudaloso Orinoco musicaliza el impresionante colorido del paisaje, o en las cercanías isleñas, cuando el espejismo de los mares pincela la majestuosa obra del Señor... el joven Duarte, el de la enfática expresión de la dominicanidad, lleno de convicciones, pudo hacer su afirmación al incrédulo capitán marino. Es el mismo que más tarde está en el ensueño y el recuerdo de su tierra... es cuando vaga “por ignotas playas extranjeras”, como diría la historia Patria narrativa del historiador Bernardo Pichardo... Duarte, en la cima de su ideal, cuando al fundar la República batió sus alas como los cóndores remon-

tan el magistral vuelo, donde las gigantescas aves alcanzan las alturas siderales... asido a las estrellas y junto a ellas, al remontar su vuelo el Libertador dominicano pudo evocar siempre la Patria que llevaba de la mano, y aunque no pudiera guiarla, no obstante, él siempre amó.

En su evocación de Patria, ya lanzada la semilla en el surco fértil para la labranza patriótica... también se componía un canto fiel, un canto de fidelidad, que resultaba un himno a la dominicanidad... aquella evocación, pues, era suficiente para él saber que inasible a la perfección política, y que rebelde a la mediocridad, en el espectro de su horizonte patrio, había un lugar para los elegidos en el cielo de la Patria... de su Patria.

La Patria se siente... la sentimos los hombres y la mujeres en el hondón del alma... porque la tierra propia de cada uno está en el espejo del corazón humano, de modo que a los 16 años Duarte pudo decir "*yo soy dominicano*", exclamación de la cual él no tenía verdadera conciencia... aunque, eso sí, en sus entrañas de patriota había nacido y se desarrollaba "la República Dominicana"... y en él había un real sentimiento patriótico... y en sus adentros una necesaria relación de realidades de patria, por lo que 15 años después, aquella semilla depositada en el surco fértil que se desarrollaba en la conciencia del joven, germinaría para culminar el 27 de febrero de 1844 con la Independencia Nacional de la que él llamó en 1838 "*República Dominicana, libre, inde-*

pendiente y soberana...” y a la que su numen de patriota dotó de su alma creando la bandera tricolor de los cuartos encamados y azules, atravesados por una cruz blanca, la cruz de la crucifixión del Señor, la cruz de Cristo, la cruz impoluta de la cristianidad a la que el propio Duarte llamó “*La Cruz de la redención*”... por eso, cuando dotó la República con su alma había creado el primer símbolo patrio de la dominicanidad... la Bandera Nacional Dominicana.

Para esa fecha, en aquellos tiempos, si bien la semilla del patriotismo había germinado en el joven Duarte y había crecido la espiga verde de la esperanza, para aquel entonces, aquello era desconcertante... pero en el numen revolucionario y en el ideal de Duarte había una mente emotiva de febril actitud de patriota, también en el adolescente del que hablamos habían visos y lincamientos de disciplina, por lo que en él titilaba la estrella del destino republicano y visionario, y por eso en Europa cuando reverberaban los cánones revolucionarios de los franceses, y los efervescentes fueros de Cataluña y la incandescente revolución industrial de Inglaterra, el joven Duarte pudo absorber aquel espíritu de la libertad que se robusteció con la visión americana, para suceder la emancipación y la insurrección de la América morena e hispana, con el vigor y la fortaleza que a los hijos de estas patrias les daba la entereza de su carácter y la fuerza de su amor por estas tierras.

Cuando Quisqueya era posesión de España, y otros poderosos países europeos se distribuían a

su antojo las islas y tierras descubiertas por Cristóbal Colón, la parte occidental de la Hispaniola o Española, la isla de Quisqueya, de tierras altas y montañosas, habitada por Caribes y Cipayos descubierta por el almirante en su primer viaje, y desde que éste puso el estandarte de la reina castellana en Puerto Plata, al desembarcar por el Atlántico, por la belleza del paisaje y la abundante vegetación de las costas isleñas, los navegantes creyeron que estaban en regiones españolas. Al adentrarse en la isla y denominar al valle de verdes y fuertes matices cibaños “La Vega Real”, don Cristóbal creyó realmente que estaba en las fértiles tierras de la península, de modo que cuando prevaleció el coloniaje y las autoridades españolas y otros europeos, que aunque conservaban sus costumbres y sus culturas, se fueron mezclando con los aborígenes, llamados “indios”, y estos además, debieron de traer negros desde África, y así, todos entrelazados con las razas blanca y negra, se convirtieron en etnias, pasando por los criollos de América, para que de este modo se impusiera el mulataje, que determinó al mulato que prevalece hoy en nuestras tierras de promisión... el criollo a que nos referimos es el hijo de europeos colonizadores, que nacieron en estas tierras, que aunque es motivo de controversia, lo del criollo, hasta Garcilaso de la Vega de este modo lo reconoció.

En esta isla, en nuestra patria, que es la parte occidental de la misma, se dio origen a la llegada del Derecho Francés en el Nuevo Mundo, cuando

en la expedición de 1802 el General Charles Víctor Emmanuel Leclerc, el esposo de la bellísima Paulina Bonaparte, la hermana preferida del emperador Napoleón I, trajo los cánones legales de adelantos que fueron desarrollados por Colbert, el de las reformas y los reglamentos de los finales del siglo XVIII en los años de 1700, que fuera, además, el famoso y letrado ministro de Luis XIV, el Rey Sol. De este modo, también hubo un legado jurídico, dentro de lo histórico. Esto así, porque en estas tierras quisqueyanas se establecieron las primeras Cortes (tribunales) de toda América, para que al establecerse e instalarse como la autoridad judicial se realizara una contribución importante para las instituciones de las leyes en el Nuevo Mundo. Como muestra y prueba podemos aducir la actitud del clérigo Fray Antón de Montesinos, de origen y nacionalidad española, quien defendió a los indios con enorme talla moral de entereza plena. De modo que, hizo acatar, por tanto, los derechos del hombre, cuando desafió los tribunales y el poder - por así decirlo - de las Cortes de los Reyes Católicos de España, doña Isabel y don Fernando, y así se reconociera la institucionalidad jurídica en la Nueva Iberoamérica.

La Patria tiene en la genealogía de la línea familiar de los grupos sociales un vínculo histórico con la sociedad, y por ende sus pueblos, y por tanto con las Patrias. Cada hijo de la Patria, cada nacional tiene una conciencia nacionalista, y naturalmente, en las raíces de su espíritu y en la forma mantiene la nacionalidad,

la que es una virtual personalidad a la nación a que perteneces y del pueblo que integrado a lo tradicional, eslabona el vínculo de la propia entraña política, a su fundación como grupo y como ente social, pero de formación y de conciencia institucional.

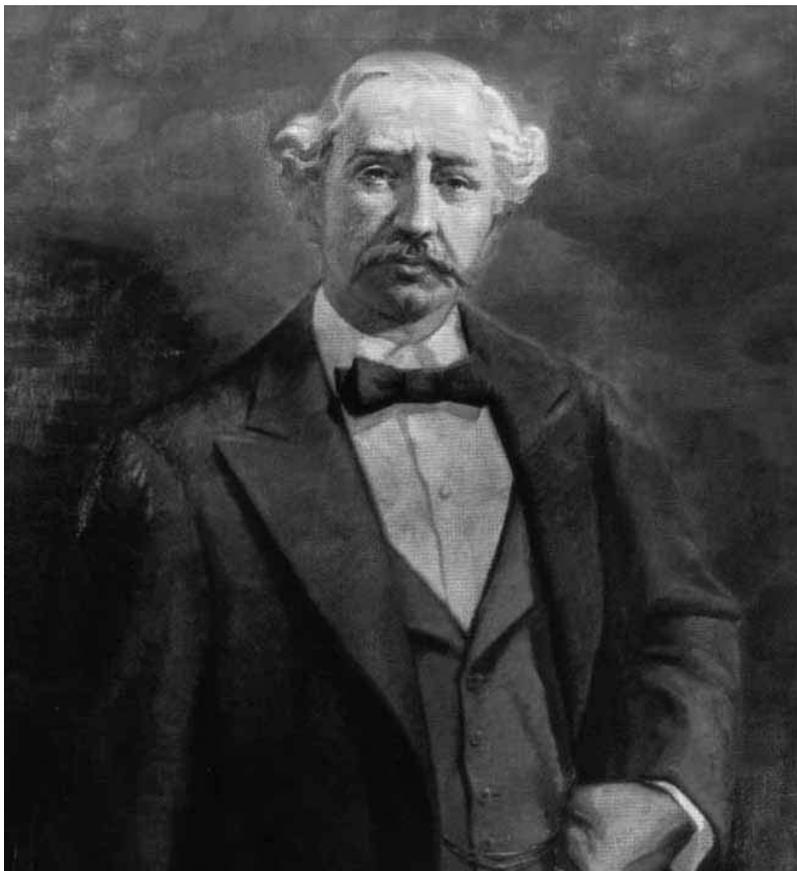
La Patria es una cantera donde los hombres se organizan y ya en el orden sociológico, desde donde proviene su formación y su pasado histórico de pueblo, esto le sirve de base para la expresión cultural y legislativa dentro de la dialéctica de su idealismo y del establecimiento de los principios ideológicos para el carácter patriótico. Ya que estos pueblos y grupos sociales se asientan, agrupan y organizan en los territorios que son patrias definitivas. Por eso, asimismo y para esos fines, dichos pueblos y dichos grupos hubieron de adaptar y redactar una legislación conveniente de sentido civil y de orden militar, y también bajo estamentos de órdenes comerciales y relaciones públicas y privadas internacionales. Todo este ordenamiento explicado tiende a conceptualizar y a empujar el desarrollo en sentido general.

La Patria se debe a la conducta y al esfuerzo de sus hijos, los que obran en la defensa y aprovechamiento del suelo y de la tierra que nos pertenece a todos. Los hijos de cada patria tienen el ánimo del genio que maneja los intereses tutelares, que mantienen el reflejo de la historia, la necesaria e ineludible dignidad que le insta al comportamiento patriótico. Comportamiento este que lo hace ver de cara frente al espejo del futuro, donde puede vislumbrarse la espe-

ranza de cada nación, la esperanza que es propia de lo nacional, y la que dentro del contexto de lo conceptual y de lo práctico y del significado, de que nosotros, todos juntos somos la Patria: Por tanto, al ser los hijos de una misma Patria como los gnomos encantados, dueños del bosque de las Hadas maravillosas, que realizaban milagros con sus varitas mágicas, al estar en el horizonte despejado de las libertades del hombre y de las independencias territoriales, llevamos cuidadosamente, y con celos inusitados, porque somos los dueños de estas tierras, y estos terruños son propios, porque son nuestros... tenemos y mantenemos la preservación del alma de la Patria.

La Patria es el mejor concepto y es el buen sentimiento sobre el suelo que naces y que ha sido de tus mayores, para la tierra común que tendrán tus hijos y la que prevalece para todos en el concierto de las naciones libres de la potestad patriótica, de la ciudad y de la nación que guarda el cofre donde están depositados los derechos civiles y políticos y los deberes ciudadanos del hombre y de la mujer en la tierra donde pertenecemos que al vernos nacer, nos recoge como el bien común de la gente de un mismo pueblo, de una misma comuna, y que adquiere por ende, la nacionalidad territorial que nos identifica poblacional y geográficamente, y sobre todo socialmente y de grupo, para ser la Patria... para ser nuestra Patria... porque todo eso es la Patria... nuestra Patria... es donde todos mantenemos la proa visionaria que nos

enrrumba en el surco viable de La Dominicana, que es de los dominicanos la Patria.



Duarte es Patria





APORTES DE JUAN PABLO DUARTE Y LA TRINITARIA A LA FUNDACIÓN Y CONSOLIDACIÓN DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

Alejandro Paulino Ramos*

Esta noche nos hemos reunido en este salón para recordar, más que la heroica hazaña de la Independencia Nacional de 1844, de la que celebramos el 163 aniversario, para recordar los aportes de la sociedad secreta La Trinitaria y el sacrificio y la entrega del Patricio Juan Pablo Duarte a favor de la creación y consolidación de lo que el bautizó como la República Dominicana.

* Profesor de la Escuela de Historia de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Es alto funcionario del Archivo General de la Nación y miembro correspondiente de la Academia Dominicana de la Historia.

Una nación formada en un largo proceso histórico, en el que la imperial España se apropió de la isla y aniquiló, en su afán por obtener riquezas, a la población indígena. El tributo en oro aportado por el indígena dio paso, con su desaparición, al surgimiento de la esclavitud africana y a la producción de azúcar, así como a la instauración del hato ganadero como contraparte importante de aquella industria.

El exterminio indígena y la esclavitud del africano fueron tempranamente resistidos con la insurrección de Enriqueillo en el Bahoruco y las rebeliones conocidas como las cimarronadas.

Los conflictos desencadenados durante todo el siglo XVI, se conjugaron con la expansión imperialista de España hacia territorio continental, el abandono por España de la que un día consideró “Atenas del Nuevo Mundo”, y la presencia agresiva de potencias enemigas del proyecto colonial que había arrancado en 1492, abriendo el camino al comercio de contrabando practicado por los habitantes de Santo Domingo, con súbditos de Inglaterra, Francia y Holanda y de paso al enfrentamiento de las autoridades españolas con un sector de la población que ya no era ni indígena, ni español y menos africano, resistencia del criollo que luego sería llamado dominicano y que simbolizó en el proceso de las devastaciones de 1605, la figura mulata de Hernando Montoro.

Se constituía así el núcleo inicial de lo que iba a ser el pueblo dominicano, una comunidad que se

fundaba en el sincretismo racial y cultural que apresuraba el aislamiento y la crisis económica que afectó nuestro territorio durante los siglos XVII y XVIII; siglos en los que se estableció en la parte Oeste de la Isla, aquellas tierras despobladas en 1605, el imperio francés, con su colonia y sus plantaciones azucareiras esclavistas.

Si a todo esto sumamos los conflictos permanentes de Francia y España y la forma en como estos se reflejaban en la Isla de Santo Domingo, así como los acuerdos o tratados entre estas potencias en torno a la posesión y límites territoriales de las dos colonias que ocupaban a Santo Domingo, entonces podríamos ir detectando algunas de las razones que explican las contradicciones entre los habitantes de ambas colonias.

Los dos pueblos, tanto el haitiano como el dominicano, se constituyeron enfrentados por los intereses franceses y españoles a la vez que se diferenciaban en relación a las formas económicas, religiosa y los idiomas. Pero en los dos pueblos existía el componente africano y esto, de alguna manera tendría su repercusión a finales del siglo XVIII, en las naciones que se estaban formando, y por desgracia, España facilitó y aceleró, con el Tratado de Basilea que delegó en Francia la propiedad del Santo Domingo español en 1795, los acontecimientos que se iban a desarrollar en el primer cuarto del siglo XIX, período en el que nació Juan Pablo Duarte, pues su nacimiento fue el 26 de enero de 1813.

La primera década del siglo XIX encontró a los dominicanos afectados por las consecuencias, principalmente económicas, de la guerra de los esclavos contra Francia en el Santo Domingo francés y por estar bajo el dominio, entregados jurídica y legalmente a Francia y además invadido en 1801 por los ejércitos de Toussaint Louverture, quien abolió la esclavitud a la vez que provocó reformas en la economía y el Estado del Santo Domingo español, modificando el sistema productivo y estableciendo las normativas de una nueva constitución colonial; proceso fugaz, pues rápidamente fue abortado con la ocupación de nuestro territorio por Francia y la prolongación de su permanencia en nuestro territorio hasta 1809, cuando definitivamente los dominicanos, impulsados por aquel movimiento pro español de la Reconquista, derrotó al ejército napoleónico en la Batalla de Palo Hincado, en 1808.

Aquel acontecimiento permitió, en medio de la crisis económica provocada por todos aquellos conflictos, el regreso en condición de colonia a la imperial España. Un imperio imposibilitado de ocupar y defender, mucho menos ayudar coherentemente su antiguo territorio. Regresábamos a la vieja condición de colonia de España exactamente cuando comenzaba en América del Sur aquel pujante movimiento liberal de independencia que lideraba Simón Bolívar. Y en medio de la incertidumbre y un poco influenciado por aquello, surgió por primera vez la necesidad de ser libre y soberano constituyendo a

Santo Domingo en una nación soberana, cuando el patricio apenas tenía ocho años de edad.

Las ideas de independencia, reflejo cercano de los principios enarbolados en la Revolución Francesa de 1789, crecieron en Santo Domingo ante la indiferencia de España y la progresiva conspiración de José Núñez de Cáceres y su grupo, apoyado a su vez por las tropas de morenos que comandaba Pablo Alí. La crisis económica del período de la España Boba, la influencia de las ideas liberales y la unidad de los liberales con sectores libertos, van a provocar el primer estallido de envergadura para proclamar un país libre y soberano.

El primero de diciembre se anunciaba el surgimiento del Estado Independiente del Haití Español, proclamándose lo que conocemos en la historia nacional como la Independencia Efímera de 1821, la primera independencia de los dominicanos.

Cuando se proclamaba la primera independencia de los dominicanos, Juan Pablo Duarte apenas se acercaba a los ocho años de edad, y un año después debió enterarse confusamente, como la soberanía de aquel Estado libre desaparecía para dar paso, el 9 de febrero de 1822, a la dominación de otra nación sobre el pueblo dominicano, ahora ocupado política y militarmente por el gobierno haitiano que presidía Juan Pedro Boyer.

Ese humillante acontecimiento no fue repelido inmediatamente por los dominicanos. Los intereses

económicos y políticos de los sectores pudientes, pesaron más que la sed de ser “libre y soberano”. Por un lado, los sectores oligárquicos-esclavistas se resentían porque perderían sus esclavos, pero a la vez soñaban con el resurgimiento del hato ganadero y las posibilidades de recomponer la venta de ganado a la vecina República de Haití. Los líderes del grupo independentista un tanto aislado, prefirieron emigrar del territorio dominicano, mientras que los libertos y los antiguos esclavos ahora convertidos en ciudadanos y con posibilidad de constituirse en propietarios, en ciertas formas agradecieron la presencia haitiana en Santo Domingo. Mientras tanto, los seguidores de España y de Francia emigraban a Cuba o Puerto Rico, y la iglesia católica luchaba para evitar ser despojada de sus bienes por el gobierno extranjero.

De todos modos, el nuevo gobierno abolió la esclavitud, la economía del hato comenzó a perder terreno, y a la iglesia católica, así como a los que emigraron les fueron confiscadas sus propiedades, dándose inicio a un forzado proceso de integración de los dos pueblos. Las tierras confiscadas fueron repartidas entre los funcionarios civiles y militares del nuevo régimen, así como a los antiguos esclavos; y se modificó el sistema judicial con la implantación de los códigos franceses, y se intentó obligar a los dominicanos a que aportaran una parte del dinero que los haitianos debían entregar a Francia por el reconocimiento de su independencia.

Fue en ese ambiente de la primera década de dominio haitiano, que Juan José, el padre de Juan Pablo Duarte, decidió enviarlo a estudiar a España, en 1829. En aquella ocasión Duarte estuvo en Nueva York, Inglaterra, Francia y por ultimo en España, pudiendo dedicar parte de su tiempo al estudio de la geografía y a perfeccionar sus conocimientos de los idiomas inglés y francés. Fue en contacto con aquellos pueblos donde conoció y se interesó por las ideas liberales y los principios de independencia, libertad y soberanía que estaban muy en boga en aquellos años en Europa.

Cuando Duarte regresó a Santo Domingo, en 1831, se encontró con el descontento de amplios sectores de la población. Ese descontento estaba relacionado con el Código Rural que Boyer quiso imponer a partir de 1827. Ese Código, dice Roberto Cassá, buscaba “retrotraer el sistema agrícola haitiano al que existía en los tiempos de Toussaint y Christophe, o sea el de la gran plantación exportadora a base del trabajo forzado de cultivadores en estado de servidumbre”, abandonando el sistema de la pequeña propiedad y la libertad jurídica del campesino, provocando una crisis en las finanzas y la productividad así como un estancamiento del comercio y por demás el descontento del campesinado.

La crisis económica que se profundizaba en Santo Domingo se conjugó con la crisis económica y política que se vivía en Haití, donde sectores libera-

les arreciaban sus actividades contra el régimen de Boyer, que a la vez progresaba en su dominio dictatorial contra los haitianos y dominicanos.

La persecución política de los opositores al régimen, la crisis económica, la reducción de los precios de los principales productos de exportación incentivó la aparición de la oposición haitiana y la organización, todavía incipiente, de los sectores afectados del lado dominicano. Se puede decir que la primera organización estructurada con ideas claras y principios coherentes para oponerse a la ocupación haitiana, fue la institución juvenil política y secreta llamada *La Trinitaria*, el 16 de julio de 1838, integrada por jóvenes pequeños-burgueses y cuyo líder indiscutible lo fue el joven Juan Pablo Duarte.

La Trinitaria fue idea de Juan Pablo Duarte, hijo de un próspero comerciante del puerto de Santo Domingo. De acuerdo a José María Serra, un dominicano que resistió y denunció por aquellos días la ocupación haitiana en la más valiente clandestinidad, al Duarte enterarse de la propagación de sus escritos antihaitianos, le dijo: *“En vez de continuar excitando al pueblo como hasta aquí, es menester formar una sociedad secreta revolucionaria. Todo lo tengo meditado. Esta sociedad se llamará la Trinitaria, porque se compondrá de nueve miembros fundadores, que formaran bajo juramento una base triple de tres miembros cada una” (...). Habrá tres toques de comunicación que significaran confianzas, sospecha, afirmación, negación; (...) que al*

llamar un trinitario a otro que está en su cama, ya éste sabrá por el número y manera de los toques, si debe o no responder, si corre o no peligro (...). La existencia de esta sociedad será igualmente secreto inviolable para todo el que no sea trinitario, aunque sea adepto”.

Los nueve trinitarios fueron Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez, Juan Nepomuceno Ravelo, Félix María Ruiz, Benito González, Jacinto de la Concha, Pedro Alejandrino Pina, Felipe Alfau, y José María Serra.

Uno de los medios utilizados por los trinitarios para propagar las ideas de libertad y soberanía, fue el teatro. En un edificio ubicado exactamente al lado del palacio de Borgella, donde el gobernador, el general Carrié, en nombre de Boyer gobernaba los dominicanos, presentaban los trinitarios sus dramas patrióticos. Aquella sociedad educativa y cultural recibía el nombre de *La Filantrópica*. En las obras presentadas se criticaba a los franceses, pero los dominicanos por analogía lo interpretaban como críticas contra los haitianos.

El trabajo de los trinitarios dirigidos por Duarte, combinó con los liberales haitianos que promovían el movimiento de reforma en Haití. Este movimiento derrocó el régimen de Boyer y estableció un gobierno provisional encabezado por Charles Herard, que ante el interés de los dominicanos a separarse de Haití, inició de inmediato la persecución y represión

contra los que estaban planteando la separación y la independencia del pueblo dominicano. A partir de 1843 los trinitarios fueron los más perseguidos por los nuevos gobernantes haitianos.

Mientras la Trinitaria crecía en adeptos y sus predicas patrióticas se ampliaban en el territorio dominicano, no faltaron los que censuraron el movimiento y se burlaron de sus propósitos, especialmente, los que disfrutaban de la presencia haitiana y los que, deseando la separación de aquel país, entendían que no podíamos ser libres y soberanos. Sobre esos críticos, dice Serra, que *“hubo quienes nos censuraban y nos ridiculizaban: nos llamaban filorios por irrisión. Esta palabra no tiene significación en el idioma; fue inventada por un rufián para llamarnos por ironía, filósofos.”*

Y era que la mayoría de los trinitarios eran jóvenes que no alcanzaban todavía la edad de los treinta años, mientras que los líderes oligárquicos pro haitianos, pro francés y españoles eran personas adultas. La mayoría de los trinitarios eran estudiantes, críticos de los afrancesados y enemigos de los que buscaban la anexión y el protectorado de potencias extranjeras.

Los sectores que criticaban el trabajo independentista de Duarte y los trinitarios, se refieren a sus propósitos como la *Revolución de los Muchachos*, mientras ellos buscaban vergonzosamente la solidaridad del Cónsul francés en Puerto Príncipe y de

esa forma consolidar su intención de separarnos de Haití para anexionarnos a Francia, intención que debía ejecutarse en abril de 1844.

Identificados los líderes trinitarios, pues se dieron a conocer cuando se vincularon con los liberales haitianos que lucharon contra Boyer, tuvieron que irse a la clandestinidad y en el caso de Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez y otros trinitarios, obligados a salir del país para poder salvar sus vidas. Tras la salida de Duarte, los trinitarios pasaron a ser dirigidos por Francisco del Rosario Sánchez, quien organizó la conspiración contra el gobierno haitiano unificándose con los grupos conservadores separatistas.

La conspiración de los dominicanos ganó fuerza ante los conflictos internos que afectaban a la República de Haití y al nuevo gobierno de Herard. Esa situación facilitó, el 27 de febrero de 1844, la proclamación de la independencia del pueblo dominicano, dando paso al primer gobierno constituido por dominicanos, la Junta Central Gubernativa, presidida por Francisco del Rosario Sánchez, quien fue muy pronto desplazado por Tomás de Bobadilla, uno de los líderes de los afrancesados.

Constituida la Junta de gobierno, se envió una goleta a recoger a Duarte y los demás despatriados y con su llegada comenzaron a dejarse sentir los conflictos de intereses entre los independentistas y los anexionistas enfrentados desde antes del

27 de febrero en el afán de ser libres o de volver a ser colonia de potencias extranjeras. Entonces los segundos utilizaron como pretexto contra los trinitarios, que los pueblos del Cibao tenían la intención de proclamar e imponer la candidatura de Duarte como presidente de la República.

En medio de la amenaza de invasión haitiana que se avecinaba, el enfrentamiento entre los conservadores encabezados por Pedro Santana y los trinitarios; entre los que no tenían fe y confianza en la naciente república y los que entendían que la República Dominicana era un pueblo con suficiente fuerza y conciencia para mantenerse libre e independiente, no dejó tiempo a la espera: El historiador Rufino Martínez, estudiando esta coyuntura, planteó en su Diccionario Biográfico, que el pueblo dominicano no reconoció el aporte de los independentistas y por el contrario apoyó a los conservadores, quienes encabezados por Santana alcanzaban prestigio enfrentándose a los invasores haitianos a la vez que relegaban a los trinitarios a posiciones de poca importancia.

Ante la pérdida del poder que se percibía inminente, los trinitarios intentaron un golpe de Estado, el 9 de junio de 1844 y se reorganizó la Junta de Gobierno con trinitarios, quienes proclamaron a Duarte como presidente de los dominicanos; pero los jefes militares del naciente ejército, quienes reconocían en Santana una especie de liderazgo alcanzado en la batalla del 19 de marzo, promovieron un contra

golpe, llevando a Duarte y a muchos de los trinitarios a la cárcel; los sometieron a un juicio militar y condenaron al destierro a perpetuidad, es decir, expulsaban del suelo patrio a Duarte y sus seguidores para siempre..

De modo que, en menos de cuatro meses ya los conservadores y anexionistas habían logrado desarticular el movimiento de los trinitarios y expulsarlos al exilio, el 10 de septiembre de aquel año, a los más destacados luchadores por la fundación de la Patria, declarando a Duarte, Sánchez, Juan Evangelista Jiménez, Matías Ramón Mella, Pedro Alejandrino Pina y Juan Isidro Pérez, entre otros, como traidores a la patria. La República todavía joven, terminaba en las manos de la dictadura constitucional que encabezó el general Pedro Santana a finales de 1844.

El dolor de Duarte al verse sin patria lo llevó a escribir el poema que tituló "*La cartera del proscrito*", en el que lamentó su exilio: "*Cuan triste, largo y cansado, / cuan angustioso camino, / señala el Ente divino/ al infeliz desterrado./ Ir por el mundo perdido/ a merecer su piedad,/ en profunda oscuridad/ el horizonte sumido./ El suelo dejar querido/ de nuestra infancia testigo,/ sin columbrar a un amigo/ de quien decir me despido.*"

Los residuos de la organización La Trinitaria eran agresivamente vigilados, y al comenzar el año de 1845 un prestigioso grupo de aquellos fue acusado de conspiración, juzgado y condenado al patíbulo. El 27 de febrero de ese año, como para simbolizar el

interés del gobierno de Pedro Santana, fueron fusilados María Trinidad Sánchez, hermana del patricio Francisco del Rosario Sánchez, Andrés Sánchez, José del Carmen Figueroa y Nicolás de Bari y en marzo del mismo año fueron expulsados al exilio todos los familiares de Duarte, reuniéndose con él en Venezuela donde fueron muriendo uno a uno sin ver cumplido sus sueños. El 17 de septiembre fueron fusilados los hermanos José Joaquín y Gabino Puello, hombres de mucha valía en la lucha por la independencia.

La historia no recoge a totalidad todo el dolor, hambre y soledad de Duarte y sus compañeros en el destierro, porque durante aquellos 17 años de la Primera República, es decir entre 1844 y 1861, algunos regresaron acogidos a la amnistía, pero otros estaban expulsados a perpetuidad de su patria, mal viviendo en Venezuela, Curacao y Saint Thomas. Pero cuando los antinacionales, enemigos de la República y la soberanía lograron el 18 de marzo de 1861, volver el país a su condición de colonia de España, resurgieron de su pasado y del olvido los mismos que encabezaron la proclamación de la República el 27 de febrero de 1844.

Francisco del Rosario Sánchez muy enfermo y exiliado para entonces en Saint Thomas, al enterarse de los planes de Pedro Santana para anexionar Santo Domingo a España proclamó su condición de independentista, comenzó los preparativos para regresar a luchar a la patria y exclamó que “*si la*

maledicencia buscare pretextos para mancillar mi conducta, responderéis a cualquier cargo diciendo en alta voz, aunque sin jactancia, que yo soy la bandera nacional”. Encabezando el Movimiento de la Regeneración ingresó al país por la frontera dominico-haitiana, siendo apresado y fusilado el 4 de julio de 1861 en San Juan de la Maguana.

Llegado el año de 1863, los patriotas anti españoles organizaban la lucha para restaurar la soberanía perdida y en un afán sin límites para decirle al pueblo dominicano que el movimiento que se iniciaba era para proclamar la República Dominicana, adelantaron sus planes conspirativos para que el movimiento estallara el 27 de febrero de ese año, lo que no se pudo lograr al ser detectada la conspiración. Hubo que esperar hasta el 16 de agosto para que la luz de la libertad y la independencia resplandecieran desde Capotillo y se extendiera por los campos de batalla.

Matías Ramón Mella, quien se encontraba en Saint Thomas en 1863, al enterarse de los preparativos de los restauradores para iniciar la lucha por la independencia, se hizo pasar como partidario de la anexión y de los españoles, juró lealtad a los reyes de España y con pasaporte concedido por las autoridades, regresó al país el 15 de agosto. Inmediatamente se integró al ejército libertador, llegando a alcanzar el rango de General y Ministro de Guerra del Ejército Restaurador.

El eco de la libertad retumbó en la selva venezolana levantando a Juan Pablo Duarte del olvido, motivándolo para que él y su hermano Vicente Celestino, además de Manuel Rodríguez Objío y otros despatriados organizaran su regreso al país para integrarse a la lucha que meses antes, en 1863 se había iniciado en Capotillo. Con armas y otros recursos llegaron al país por Monte Cristi el 25 de marzo de 1864, poniéndose de inmediato al servicio del gobierno restaurador.

Allí, en el campo de batalla, intentando reconstruir la república que había sido destrozada por Pedro Santana y Buenaventura Báez, se reunieron Duarte y Mella, en el momento en que este último se encontraba en lecho de muerte. En el abrazo que selló aquel reencuentro quedaba plasmada la esperanza de volver a liberar la República, el sueño perenne de los trinitarios.

A 163 años de la Independencia y 144 de la Restauración, aquella enseñanza de Juan Pablo Duarte y los Trinitarios y su afán por constituir una República Dominicana libre y soberana de toda potencia extranjera, todavía permanece vigente para todos los dominicanos.

Fuente

Conferencia dictada en la Universidad Interamericana de Puerto Rico, Recinto Metropolitano, como parte de la “Semana Dominicana en Puerto Rico” (20-27 de febrero del 2007) y organizada por el Consulado General de la República Dominicana y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias.

Los trinitarios



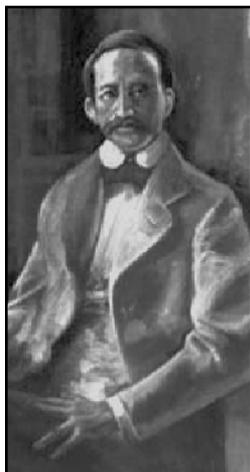
Juan Pablo Duarte



Felipe Alfau



Benito González



Félix María Ruiz



José María Serra



Juan Isidro Pérez



Jacinto de la Concha



Juan Nepomuceno
Ravelo



Pedro Alejandrino
Pina

Fuente: Fundación Luces y Sombra. Excluyendo imagen de Duarte.

Dios, patria y libertad.



IN MEMÓRIAM

La Doctora Zoraida Heredia Vda. Suncar, prominente educadora, maestra de generaciones de jóvenes dominicanos... en su camino hacia Dios, entregó su alma al Creador el 30 de noviembre del 2011. Se destacó entre los fundadores del Instituto Duarteño. El 26 de enero de 1964, realizó una permanente y encomiable labor duartiana dentro de postulados cívicos y meritorios y por demás históricos, que le acreditaron merecer la "Orden al Mérito Duarteño".

HONOR A QUIEN HONOR MERECE

REQUIESCAT IN PACE

Este “Boletín del Instituto Duartiano,
No. 29” se terminó de imprimir en los
talleres de Gráfica Willian, S.R.L., en el
mes de enero de 2012.